

La Ilustración Artística



Año XVI

BARCELONA 23 DE AGOSTO DE 1897

Núm. 817



LAS PRIMERAS GOLONDRINAS, cuadro de J. M. Tamburini, último grabado ejecutado por Sadurní

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los suscriptores a la **Biblioteca Universal** el primer tomo de *Don Quijote*, reproducción en facsímil de la edición impresa en Valladolid en 1608, reconocida como la única revisada por el mismo Cervantes en Valladolid, y que contiene las últimas correcciones de su inmortal autor, por lo que se la considera como el solo original autorizado de tan renombrada obra, habiendo sido por tal concepto adoptada por la Academia Española para su edición especial.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. La tragedia*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por A. Rubinstein. — *Joaquín Dicenta*, por José Juan Cadenas. — *En las esquilas. Escenas de la vida argentina*, por Francisco Pi y Suñer. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — *Exposición universal de artes e industrias en Estocolmo.* — *Honolulu, capital de las islas Hawai.* — Libros recibidos.

Grabados. — *Las primeras golondrinas*, cuadro de J. M. Tamburini. — *Joaquín Dicenta.* — *El clipper «Nautilus».* — *Abraham Lincoln*, escultura de C. Caccia. — *Caricias de León*, cuadro de Hans Krause. — *Guerra de Filipinas. Bandera que ondeó en el puente de Noventa.* — *Río y puente de Bacoar.* — *Playa de Bacoar.* — *Concierto infantil*, cuadro de V. Irolli. — *Fiesta en un merendero a principios de siglo*, cuadro de P. Salinas. — *D. José Marina Vega.* — *El príncipe Enrique de Orleans.* — *El general italiano Albertone.* — *Monumento a Lallanne.* — *Exposición en Estocolmo.* — *Vista general de Honolulu.* — *En Venecia*, dibujo de José M. Marqués.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA TRAGEDIA

¿Y de qué habíamos de hablar? ¿Acaso pensamos en otra cosa; acaso esta tragedia de la vida real no nos absorbe, no borra todo lo demás, no obliga a poner en olvido las guerras, el problema económico, las amenazas del sombrío porvenir?

Pocos días hace, releía yo en la novela de Alfonso Daudet *El Nabab* la admirable descripción de la muerte del ministro de Estado, duque de Mora — muerte ocasionada por una causa tan ignominiosa como gloriosa es la que lleva al sepulcro a D. Antonio Cánovas del Castillo. — Inexplicable sensación, que ahora me parece semejante a vago presentimiento, me sobrecogía al recorrer las páginas donde el novelista francés expresa el terror, el retemblido que produce en las entrañas de la sociedad la caída de uno de estos árboles gigantes, cuya sombra se extiende a tanta distancia del tronco robusto, erguido y colosal... Casualmente la misma tarde vi cortar un árbol enorme. Atacado por el hacha, sujeto con cuerdas para que al desplomarse no derribase muros y no destrozase plantaciones, al quedar prendido sólo por unas cuantas pulgadas de madera a su base anchísima, de pronto, a un nuevo esfuerzo de los trabajadores que atirantaban las maromas, oyóse formidable crujido, intenso desgarramiento de fibras; la atmósfera gimió y resolló fragorosamente — como una persona que se asfixia, — rasgada y herida por el rápido paso del grueso mástil; y al chocar éste contra la tierra, oyóse un golpe mate y profundo, y la ramazón susurró con ese susurro prolongado y solemne que se nota por la tarde en el seno de los bosques muy frondosos. — Y después, tumbado ya el árbol, extinguido el eco de su caída, nos figuramos que se había quedado todo en derredor sordo y silencioso, en un silencio fúnebre, extraño, una parálisis repentina de la naturaleza... ¡Cuántas veces me acuerdo, desde el día 8 de agosto, del desplome del árbol grande!

No es posible contar las múltiples ramas ni las hondas raíces de ese roble majestuoso que se llamaba Cánovas del Castillo. El estupor que causa su muerte prueba hasta qué punto penetraba en el subsuelo y señoreaba el aire. Combatido por los huracanes, importunado por los vientecillos de la sátira, la envidia y la hostilidad, no he visto otro que menos se conmoviese, que mejor diese el hermoso ejemplo del estoicismo en la acción. Los que éramos sus amigos, nada más que sus amigos, y le escuchábamos y recogíamos las migajas de su sabiduría y nos complacíamos refinadamente en saborear su ingenio, claro y vivo como terrón de sal pura; los que le preguntábamos para oírle y aprender, y sobre cualquier cuestión que se ofreciese al discurso, veíamos con asombro nunca disminuido salir de sus labios la sentencia profunda, la observación radiante de luz, la explicación satisfactoria é inesperada, la doctrina copiosa y jugosa y rebosando esa amarga dulzura de la experiencia; los que comprobábamos a cada momento cuánto le importaban la literatura y el arte, el interés con que seguía la evolución estética, podíamos creer, y a veces creíamos, que aquel docto varón había nacido, más que para la diaria batalla política, para la paz de la biblioteca, para trazar con seguro pulso páginas históricas, ó para legar a la posteridad alguna colección de máximas al estilo de las de La-

rochefoucauld ó Chamfort. Sin embargo, de pronto, en medio de animada conversación, en la cual parecía haber sacudido todo el peso de preocupaciones graves, un incidente cualquiera, una carta que le presentaban cerrada y enigmática como el destino, una alusión a sucesos recientes, la entrada apresurada de algún personaje político, ensombrecían por breves instantes su frente, inteligentísima bajo la aureola del poblado cabello blanco, denso aun en las entradas como el pelo de un joven; y la transición, en él rapidísima, de la vida puramente intelectual a la vida activa y de combate, descubría el temple de un alma de acero, la energía prodigiosa de un organismo en que el amplio cerebro, en vez de absorber las fuerzas vitales, las centuplicaba y las transformaba en inquebrantable voluntad.

Aquella entereza magnánima y varonil enseñaba a Cánovas a olvidar, ó a hacer como si olvidase — con un buen gusto que rayaba en aticismo — los peligros de que vivía rodeado. Cuando le encontrábamos en la severa sala de las armaduras (la sala donde presumo, a la hora en que esto escribo, que habrán expuesto su cadáver); cuando le oíamos de sobremesa referir episodios de la mocedad, evocar memorias de la época romántica, dibujar á grandes rasgos las figuras de Ayala, de la Avellaneda, de Zorrilla, ó recitar, alardeando de feliz memoria, estrofas de Quintana ó de Leopardi; cuando perfilaba, con meridional gracejo, la sabrosa anécdota, ó grababa en frase indeleble el histórico recuerdo, no podía menos de pegárenos su serenidad, aunque bajo nuestros pies — en los sótanos del elegante palacio a la italiana, el palacio de las flores, que criaba en sus estufas y en sus jardines magníficos los tulipanes y las orquídeas de las tres corbeilles de la mesa, siempre frescas, renovadas como por mano de los silfos — velaban día y noche hombres armados, una brigada de policía, destinada a impedir que la piqueta de los minadores subterráneos llegase a los fundamentos de la galería ó del comedor, y pudiese interrumpir el banquete el pavoroso trueno de la dinamita.

Hubo, sin embargo, un momento en que sentí, y debieron de sentir también otros, el frío del temor, la impresión fatídica de un aviso. No es que tengamos la pretensión de leer en lo futuro, ni que ningún agente extranatural se encargue de anunciarnoslo: es sencillamente que las combinaciones posibles de los sucesos se nos presentan a la imaginación, y ésta se sobrecoge y espanta. En el momento a que aludo vi lo que no suele verse en esas existencias, tan brillantes, que concitan y exasperan las malas pasiones: vi, digo, el lado obscuro, el punto negro, la fatal zona de sombra. Fué la primera vez que visité la *Huerta* después del atentado de la bomba, del cual no se habló mucho en Madrid, y por el cual nadie apareció menos alarmado que el propio Cánovas del Castillo, contra quien se dirigía. El criminal que intentó lanzar dentro del parque y hacia la morada del insigne político la máquina explosiva, fué castigado inmediatamente por su mismo crimen: la bomba le destruyó. Tal desenlace parecía a algunos de los mejores amigos de Cánovas un signo de su buena estrella, un golpe acertado y hasta ejemplar de la suerte. Sólo un detalle de aquel suceso me quedó clavado en la fantasía, asombrándola. Y fué que, mientras el cuerpo despedazado del sectario iba a caer a un desmonte próximo, su mano derecha — la mano que había arrojado la bomba, — separada del brazo, salvando la tapia, caía dentro del parque. Al cruzar por las calles de éste, enarenadas, silenciosas, apenas alumbradas por algún foco eléctrico; al pensar en lo que representa de bienestar y de goce, en medio de la aridez y el bullicio de Madrid, una *huerta* semejante, que no es el mezquino jardinete de los hoteles a la moderna, sino un pedazo de sitio real, con su arbolado vigoroso y añoso, su lago, sus fuentes abundantes y claras, sus rincones de sombra y frescor, sus alegres perspectivas de paisaje, de sol filtrado al través de la verdura; al observar una vez más lo bien que de tan apacible y rico fondo se destacaba la figura del sabio, del pensador, del hombre de Estado que allí tenía sus delicias, un involuntario pavor se apoderó de mí, recordando que en aquellas mismas frondas grandiosas y tranquilas, sobre la felpa verde del *grass* cuidadosamente recortado — al borde de aquel lago donde nadaban los cisnes negros y blancos, haciendo ondular con reposo su fino cuello, quizás entre los macizos de rosales, — acababa de caer, como siniestro aerolito, la mano destrozada del anarquista, ¡la horrible mano exangüe!

Muchas veces esta idea me causó frío en el corazón; muchas veces pensé en aquel despojo humano lanzado por ciega rabia destructora en medio del lujo y de la grandeza, como para abofetear a lo más alto, al poder, al genio, a la inteligencia, soberana del mundo... Mas, ya lo he dicho, la sangre fría es con-

tagiosa, la calma infunde calma, y en medio de ciertos momentáneos recelos que acaso sentíamos muchos sin decírnoslo, Cánovas nos parecía invulnerable... Si es cierto, como refieren los periódicos, que allá en su juventud, una gitana le predijo que moriría de muerte violenta, la predicción no debió de hacerle otra mella que a Julio César los prodigios que, según Suetonio, anunciaron su próximo fin, las advertencias de los augures y los tristes sueños de la fiel Calpurnia. En estos últimos días de la vida de Cánovas, no sé que pueda haber nada más trágico que la confianza y descuido de hombre tan amenazado y tan emplazado como él; su indiferencia hacia las precauciones, sus salidas a pie y solo, sus hábitos iguales a los del bañista más obscuro que se sienta a la puerta del balneario para leer pacíficamente un periódico; mientras el asesino, con perseverancia que eriza el cabello, le seguía, le avizoraba, pisaba sus huellas hora por hora, aguardando el momento seguro y favorable, y pasaba rozándole, sin que ningún estremecimiento secreto advirtiese a la víctima de que su destino estaba allí cerca, implacable y en acecho.

Hay quien dice que el desenlace de la vida de Cánovas fué tal cual él lo desearía, y glorioso a proporción de su gloria. No niego que campea imponente la estatua sobre el pedestal de mármol negro y de pórvido rojo que terribles circunstancias alzaron; pero no nos sirve de consuelo a los que por él sentíamos afecto inalterable, ni creemos, dígame la verdad, que muriendo de muerte menos horrenda no reconociese la posteridad sus merecimientos ni justipreciase su valía. Pudo al borroso y frío Carnot realizarle la puñalada de otro asesino italiano; Cánovas no necesitaba tal realce. Prometíale su robusta complejión salud en la longevidad, y su experiencia creciente, su prudencia acendrada por los años, le señalaban para consejero y moderador político, cuando no fuese piloto en ejercicio de esta pobre nave tan contrastada y batida por las tormentas. Deja a la patria a orillas del precipicio, cercada de peligros y agobiada de tribulaciones infinitas; y las abundantes lágrimas que he visto derramar, a la noticia del asesinato, a personas que nada debían a Cánovas, que nada esperaban de él, que sólo de vista y nombre le conocían, que en vida ni aun eran entusiastas de su política y de sus principios, no demuestran solamente la efusión de sensibilidad y la humanitaria protesta de las conciencias honradas contra un acto bárbaro é inicuo: responden a la convicción de que al derrumbarse Cánovas, se derrumba el baluarte de España, la fortaleza donde nos refugiábamos, donde se reconcentra enérgica la defensa nacional...

Por eso el dolor de todos ha respondido al dolor de una mujer tan noble y buena siempre como infeliz ahora — dolor sagrado, que hasta parece que lo profana la tinta de imprenta al caer sobre él, — y que merece el respeto del silencio, la callada simpatía que se inclina profundamente, pensando en el único consolador verdadero — que no es por cierto el tiempo, no. Más arriba.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Dos cosas principalmente exige el público a los actores y también a los concertistas: primera, que sientan lo que ejecutan, y segunda que lo ejecuten con naturalidad; y sin embargo estas dos condiciones sólo de una manera relativa son procedentes. En efecto, por lo que hace a la primera, un artista debe ejecutar, durante su carrera una misma obra ó una misma pieza centenares de veces; y siendo esto así, ¿se concibe que, aunque no sea sino por motivos de salud, pueda sentir siempre la situación que ha de interpretar? Su arte, por consiguiente, debe consistir en despertar en el espectador ó en el oyente la ilusión de que siente de veras lo que ejecuta, y con ello llena perfectamente su misión. En cuanto a la segunda, el hecho de que el artista está solo en el escenario, separado del público, de que tiene que pintarse para aparecer con un color natural y de que cuando ha de hablar en voz baja ha de hacerlo de modo que le oigan millares de personas, demuestra que la naturalidad escénica debe sujetarse a condiciones especiales, pues de lo contrario no produciría el menor efecto: la risa y el llanto verdaderos, por ejemplo, producirían en la escena una contracción del rostro y una alteración de la voz que no causarían en los espectadores el efecto por la situación exigido. Todo lo expuesto puede concretarse en dos preceptos, a saber: que el artista represente su papel dentro del espíritu de la obra, y segundo que no lo exagere, que no lo recarge.

Del mismo modo que la sal y la pimienta sazonan los manjares, las luchas sazonan la vida.

El éxito fortalece y estimula los temperamentos artísticos elevados; a los caracteres bajos los engríe, les detiene a veces en el curso de su carrera y en algunas ocasiones hasta es causa de su decadencia. El fracaso exaspera a los primeros, pero no les hace desesperar, antes bien les impulsa a seguir luchando y avanzando; en cambio mata a los segundos.

Es más fácil perdonar que olvidar una injusticia.

ANTONIO RUBINSTEIN



JOAQUÍN DICENTA

Hace ya algunos años volvía yo de dar mi acostumbrado paseo matinal por las alamedas de la Moncloa, y andando despacio dirigíame á la estación del tranvía del barrio de Argüelles.

Una mañana vi subir en el coche á una señora de franco y altivo rostro y abundante cabello blanco, acompañada de un joven de fisonomía expresiva y simpática, el cual ayudó á la señora á tomar asiento con delicadas precauciones y cariñosa solicitud.

La dama, á su vez, cuidaba con gran esmero de un diminuto galguito revoltoso y juguetero que apoyado en su brazo llevaba y al que con frecuencia solía acariciar. El joven, cubierta la cabeza con amplio sombrero de redondas alas y cuidadosamente vestido y arreglado, aunque sin la más ligera sombra de afectación, sentóse enfrente de la anciana, y cruzado de brazos contemplaba con aire distraído el largo paseo de árboles extendidos á ambos lados, por entre los cuales el tranvía deslizábase con rapidez vertiginosa.

Luego, al llegar al final de la calle donde el tranvía tiene señalado otro lugar de parada, la anciana apeóse del coche, ayudada siempre por su joven acompañante con la misma cariñosa solicitud que emplearon al subir, y después, acercándose rápidamente á la acera, penetraron por una de las bocacalles paralelas al paseo.

Durante aquella primavera vi diferentes mañanas, siempre en el tranvía y haciendo idéntico viaje que la vez primera, á la anciana señora y su joven acompañante que, desde luego, supuse fuera hijo suyo, y justo es que confiese que mi curiosidad por saber quiénes fueran iba en aumento cada vez que los veía.

Por fin una mañana, hallándome yo esperando el tranvía que había de conducirme al centro de Madrid, encontré á un íntimo amigo mío, el cual, preguntado por mí acerca del motivo que le llevaba por aquellos barrios, me contestó que iba en busca de Dicenta, pues había quedado citado con él para almorzar juntos en su casa y darle lectura de un libro al que quería que el aplaudido autor pusiese un prólogo.

Distraídos con la conversación, no advertíamos que el tiempo pasaba rápidamente y los tranvías llegaban, se detenían y marchaban después, mientras que yo al verlos salir decía:

— ¡Bueno!.. Tomaré el otro..

Y así hubiéramos permanecido Dios sabe cuánto tiempo si mi amigo, mirando fijamente á uno de los lados del paseo, no dijera de pronto:

— ¡Calla! Si no me engaño, por allí viene Dicenta. Justamente... Es él..

— ¿Quién?, le pregunté yo. ¿Aquel joven que viene acompañando á una señora anciana?

— El mismo... Esa señora es su madre..

Díjome mi amigo rápidamente que Dicenta adoraba á su madre; le referí yo mis encuentros con él en el tranvía, la curiosidad que había experimentado por saber quién pudiera ser... Mi amigo ofrecióse á presentarme á él; á mí la ocasión no me pareció oportuna y decliné tal honor esperando hallar circunstancias más á propósito para ser presentado.

Era, efectivamente, Dicenta el joven del amplio sombrero que ayudaba á subir y bajar del tranvía á su madre, la anciana señora de cabellos blancos.

Era Dicenta... No sé por qué á veces nos figuramos á los hombres por sus obras distintos de lo que son, y luego se da el caso de que la realidad nos presente al hombre completamente contrario á la idea que de él hemos formado. Y con Dicenta me ocurrió algo de esto. Yo le conocía por tres ó cuatro obras que llevaba estrenadas, y le conocía además por dos

libros de artículos publicados y algunos trabajos sueltos escritos de prisa y corriendo en periódicos que había dirigido.

Por eso aquella mañana que conocí á Dicenta tardé en reponerme de la sorpresa que me causó, y es que tales cosas se contaban de él, que me hubiera sido imposible adivinarle.

Dicenta en aquella época, aunque no tenía el nombre, fama y autoridad que hoy disfruta, era ya bien acogido en los círculos literarios, considerado por las empresas teatrales y cortésmente tratado por los periódicos.

Acercas de él circulaba una leyenda especial, rara, extraordinaria. Decíase que hacía una vida completamente desordenada, vida llena de peligros y de azares, espantosa bohemia que le agotaba las energías y le consumía la vida. Nadie le conocía cariños ni afectos... Considerábasele incapaz de la ternura más insignificante. Fiero, hosco, desabrido, de carácter atrabiliario y dominante, pintábanle por todo extremo antipático los que aseguraban conocerle y tratarle con íntima confianza.

Al anunciarse el estreno de una obra de Dicenta, la cuestión de siempre, la eterna cuestión, colocábase sobre el tapete. Las disputas eran grandes: á veces tomaban carácter de riña; pero por regla general los discutidores del talento ajeno concluían por reconocer las brillantes condiciones de autor que adornaban á Dicenta, si bien inmediatamente después añadían, con la mejor intención, que ya le consideraban incapaz de producir nada que siquiera fuese medio regular.

Cuando Dicenta entregó al popular maestro Chapí el libreto de la obra *El Duque de Gandía* convertido en zarzuela, varios individuos, amigos hoy del autor famoso y que si se les recordara el suceso no vacilarían en negarle tres veces, pronosticaron con voz grave y solemne que Dicenta se alejaba del teatro formal y serio, puesto que aquello que hacía era una deserción, y de derivación en derivación hubo quien llegó á decir que Joaquín Dicenta acabaría escribiendo piecitas para Eslava.

A fe que más de una vez se habrá visto inclinado á hacerlo.

Cuando contemplara la vida de triunfo y derroche que hacían los *mercaderes* del arte, la media docena de autores del género chico, y pensara después en el escaso resultado que sus obras le habían dado, ¿no es lógico y natural que alguna vez sintiera vehementes deseos de correr un velo sobre el pasado, dedicándose al género que tan brillantes trimestres proporcionaba?

Pero estas vacilaciones desaparecían bien pronto. Para un temperamento de artista como el de Dicenta, la lucha es el elemento principal de la vida y nunca ha tenido más energías que cuando ha sabido que se le discutía más. Hoy sabe y le consta positivamente que muchos cariñosos compañeros dudaban del éxito de *Juan José*, y el día del ensayo general salían del teatro haciendo augurios tristes y poniendo música á diversos parlamentos de la obra. ¡Qué deliciosa fraternidad la del arte!

* * *

El calvario que Dicenta sufrió fué largo y penoso. Para luchar y vencer, como al fin lo ha logrado, ¡cuántas vicisitudes ha atravesado, cuántos desengaños ha sufrido! Largos años de trabajo infructuoso y baldío han marcado profundo surco en su alma. Luchador invencible en el libro, en la prensa, en el teatro, ha librado una batalla diaria sin que los resultados adversos le hayan quitado fuerzas para continuar, siempre firme, amarrado al yunque del trabajo. Su poderosa fuerza de voluntad, la confianza íntima en el propio valer, la esperanza del éxito más ó menos tarde, no le abandonaron jamás, y cuando recibió los

aplausos de todos al conseguir el triunfo teatral más formidable de los últimos años, ni siquiera se inmutó. Era cosa que esperaba y, por consiguiente, no podía sorprenderle.

Pero no haya miedo que el joven autor se engría con sus éxitos. Por experiencia larga y dolorosa sabe que cuantos homenajes hoy le tributan no se los conceden graciosamente, que los ha ganado de una vez y decisivamente en lucha franca y noble. Así, cuando no hace muchos días, comentando el escandaloso que entre los escritores madrileños produjo la aparición de un libro infamatorio que afortunadamente no llegó á ponerse en las librerías porque el fiscal recogió la tirada, al saber Dicenta que su autor, un pobre perturbado, decía en el prólogo que huyendo de la corte se marchaba á su aldea cansado de una lucha de *cuatro meses*, sonreía compasivamente y nos decía:

— ¡Pobrecito!.. ¡Cuatro meses!.. ¡Pues si él supiera!..

* * *

Dicenta, en la situación en que hoy se halla, pudiera serlo todo; pero Dicenta tiene un enemigo mortal, irreconciliable: su carácter. Con independencia indómita, mantiene sus ideas tan tenazmente que en vano ha de intentarse nunca hacerle ceder. Sería inútil.

Por eso Dicenta, que como autor sabe dominar al gran público, y como periodista conoce la manera de atacar á la opinión, y como orador es de fácil y brillantísima palabra, á poco que se lo propusiera alcanzaría posiciones que han conseguido otros sin ostentar la cuarta parte de sus méritos.

Quizá si cediera algo, si él se propusiera con verdadero empeño brillar en otras esferas de igual modo que en la literatura brilla, lo conseguiría con relativa facilidad; pero rodeado de gentes que no estimulan su ambición y á cuyo *medio* ha llegado á acostumbrarse, será difícil convencerle por ahora, si bien yo no dudo que, andando el tiempo, Dicenta comprenderá que así como el cuerpo se entrega á las calaveradas de la juventud hasta que la madurez y el buen juicio aconsejan lo contrario, del mismo modo las ideas se lanzan á hacer sus correrías por los campos avanzados de las teorías siempre nuevas y siempre antiguas, hasta que la sana razón sabe refrenarlas con mano firme y poderosa.

Estas condiciones del carácter de Dicenta demuestran en el trato particular, donde nuestro autor recuerda por su caballerosidad é hidalguía las tradiciones legendarias.

Sus aficiones á cuanto puede relacionarse con los asuntos de armas, han hecho de él un hombre necesario á todo el que se ve en el difícil y delicado trance que ocasiona una cuestión de honor.

Dicenta, enamorado de los tiempos pasados, sábase de memoria los Códigos del Honor y estudia cuidadosamente las diferencias que existen entre unos y otros. Es un discutidor terrible por la lógica arrebatadora de su argumentación, y si por casualidad el asunto en que él interviene no es de los que *reclaman sangre*, su apadrinado puede tener la seguridad de que se lleva todos los pronunciamientos favorables.

En la tertulia del café, donde un grupo numeroso de literatos se reúne diariamente, cambiando impresiones y emitiendo juicios sobre los asuntos de palpitante actualidad, suscitóse una tarde un altercado.

Un joven, literato también, que por disgustos de familia hallábase reñido con ésta, presentóse una tarde en el café, y fuertemente excitado comenzó á referir las peripecias domésticas que le ocurrían. Las opiniones que escuchó de sus amigos y contertulios fueron, como siempre que de cualquier asunto se trata allí, diversas y encontradas. El muchacho, no encontrando solución de su agrado al conflicto, desesperábase y su irritación iba en aumento. Comenzó

primero por culpar de su desgracia á algunos parientes lejanos; luego vino á parar á sus hermanos, á quienes calificó de egoístas, y por último, en el colmo de la excitación, hubo de recriminar á su padre, al que consideraba principal causante de su aflictiva situación.

Como al pensamiento es imposible ponerle freno, sobre todo cuando un motivo provoca la irascibilidad, aquel joven, correcto siempre, de sano talento y buen juicio por todos reconocido, pronunció algunas palabras de mal gusto y que no sentaron bien del todo en la reunión.

Dicenta, que presenciaba la escena desde un principio y que apenas había despegado los labios, al oír las palabras que en un momento de ceguedad pronunció el joven contra su propio padre, no pudo contenerse y cariñosamente le advirtió que no hacía bien en tratar de aquel modo al autor de sus días.

Algo más le dijo, siempre en tono suave y cariñoso, y lo hizo con tal tacto y tan extrema cordura, poniendo al propio tiempo tan exquisito cuidado para no herir la delicadeza del interesado, que seguramente otro cualquiera le hubiese agradecido profundamente la advertencia.

Pero su contrincante, cuyo carácter violento conocemos todos, no lo entendió así ó no quiso entenderlo, y encarándose con Dicenta sostuvo sus afirmaciones. Este quiso suavemente convencerle de que aquella manera de ser no era la que correspondía á un hombre bien educado; la discusión se caldeaba, la irritación de ambos aumentaba por momentos y llegó una ocasión en que de las palabras pretendieron pasar á los hechos, y quizá lo hubieran conseguido si la oportuna intervención de los demás concurrentes no lo impidiera.

Alguien pretendió devolver la paz y buena armonía á aquellos dos hombres que hasta entonces habían sido cariñosos amigos, pero resultaron inútiles cuantas gestiones se hicieron en tal sentido, y colocada la cuestión en un terreno asaz peligroso, no hubo recurso capaz de evitarla, y á los dos días concertóse y verificóse un lance en el que Dicenta tuvo la fortuna de herir á su adversario, dejándole fuera de combate.

—¿Por qué se ha batido Dicenta?, preguntaban las gentes al tener conocimiento del caso.

—¡Por nada!. ¡Por defender al padre de su adversario!, contestaban los que conocían el incidente.

Este es el caballero, inflexible y tenaz si de asuntos de honor y justicia se trata.

* *

En la conversación particular Dicenta es ocurrente sin llegar jamás á la ofensa, pues sabido es lo fácilmente que puede hacerse un chiste á costa de una persona. Dicenta no ve nunca con gusto que se mortifique á nadie, y por esto ha tenido en varias ocasiones serios disgustos que han podido producirle gravísimos perjuicios.

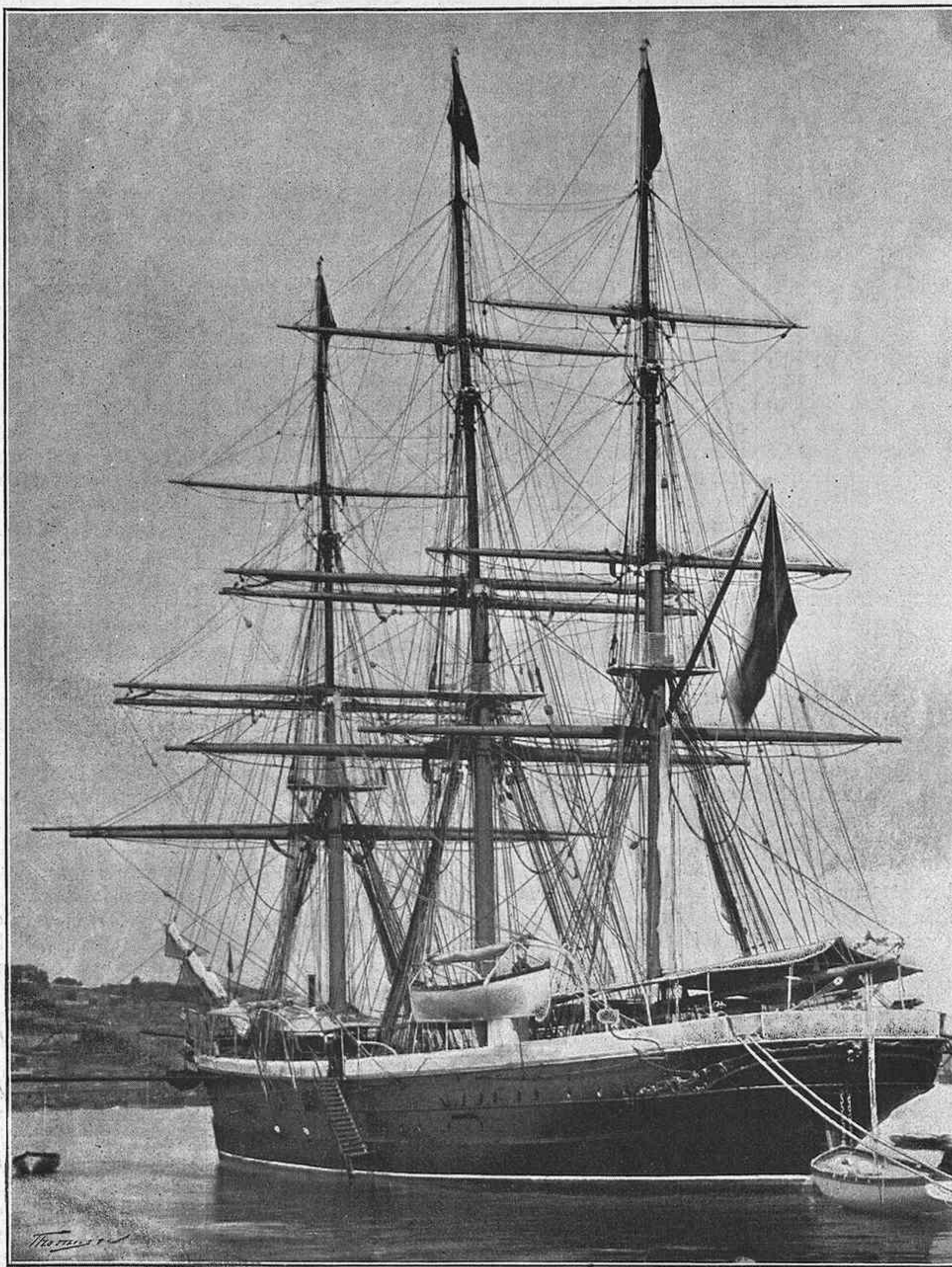
Es cierto que tiene muchos y muy buenos amigos, pero no lo es menos que los triunfos conquistados le han proporcionado buen número de envidiosos, roedores de la gloria ajena, que le inventan las más inocentes calumnias.

Dicenta finge no hacer caso de ellas. Es probable que acostumbrado como está ya á esas pequeñas miserias, las desprecie olímpicamente; es posible también que sean una amargura más que acumula á tantas y tantas ya experimentadas, pero continúa impasible su camino, y aunque todo se conjurase contra

él proseguiría su labor, confiando siempre en el éxito que habrían de proporcionarle sus merecimientos.

Es además Dicenta un prodigio verdadero de laboriosidad. Difícil es encontrar otro caso como el que ofrece este joven autor, que á los 32 años ha producido ocho grandes obras dramáticas (cinco más que Sundermann á la misma edad y están locos con él los alemanes) y ha dado á la estampa tres libros é innumerables trabajos periodísticos.

En la actualidad se ocupa en la preparación de un tomo de poesías, que publicará al comenzar el próximo invierno, y además escribe á toda prisa dos obras dramáticas, en las que la empresa confía la salvación de la temporada.



LA MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA. — EL CLIPPER «NAUTILUS», ESCUELA DE GUARDIAS MARINAS (de fotografía de F. Laureano)

Y allá va un dato curioso para terminar.

El drama *Juan José* ha producido durante los dos años que hace se estrenó más de 20.000 duros.

El último trimestre, esto es, el liquidado en fin del próximo pasado mes de abril, rindió todavía por derechos de representación la suma de quince mil pesetas.

Bien ganado lo tiene el más arriesgado y valiente autor dramático contemporáneo, que ha sabido con el esfuerzo de su poderoso talento romper los convencionalismos en que parecía estar encerrado el arte.

JOSÉ JUAN CADENAS

EN LAS ESQUILAS

ESCENAS DE LA VIDA ARGENTINA

Concluye septiembre y el calor aprieta ya de firme. En el brete encerradas, expuestas al sol, que cae á plomo, están las ovejas que deben ser faenadas en el día, inquietas, amontonadas, estrechándose unas á otras, resollando fatigosamente y buscando con afán alguna sombra, que sólo encuentran ocultando

la cabeza bajo la barriga de la compañera de al lado. El *agarrador* entra y sale constantemente del brete, sin tener un momento de descanso; por una pata agarra las ovejas, que se revuelven y forcejean, y las arrastra afuera, á la *cancha*, donde las voltea para manejarlas, á fin de que puedan hacer libremente su obra las tijeras. ¡Ovejas á la cancha!, gritan de todas partes así que el *agarrador* se para un punto, ó se arrima á la cocinera para pedirle un mate; y el pobre, sudoroso, jadeante, pero resignado, vuelve á su tarea, entrando y saliendo incesantemente del brete, para ofrecer nuevas víctimas á las insaciables tijeras.

A un paso del brete, frente al galpón levantado á un lado de la *estancia* (1) y en que se guardan los *frutos* (2), está la *cancha*, es decir, el lugar de las altas funciones de los esquiladores. Puestos en semicírculo en número de veinte á treinta, mal sentados sobre un resto de silla ó sobre un leño, ó puestos en *cucillitas* apoyándose sobre los talones, apenas resguardados del sol por el ramaje de algún sauce, manejan con sin igual destreza las enormes tijeras y *la sin hueso*. Maravilla la rapidez con que despojan á la oveja de su vellón, dejándola absolutamente rapada, sin una hebra y sin herir, los más duchos, casi nunca al animal; en tanto que la lengua no tiene punto de reposo, ya burlándose de alguno ó contando chascarrillos, bien concertando jugadas y carreras, ó tarareando alguna *milonga* (3). Esquilada una oveja, van á vaciar el vellón sobre un cuero de potro ó encima de una mesa, recogiendo entonces una *latita* (4) de manos del patrón, quien con cara de aburrido, pero vigilándolo todo, está sentado bajo el cobertizo de la casa, cruzadas las piernas y en la mano la bolsa de las latas, imponiendo silencio á los peones si hablan demasiado, y levantándose de vez en cuando para calcular la cantidad y el peso del vellón entregado, ó para ver si se esquila con gran cuidado los carneros finos.

En tanto que los esquiladores van entregando el vellón, el *atador* lo recoge y clasifica, formando paquetes ó *ataños* según la procedencia y calidad. Y el *médico*, es decir, un peón provisto de un tarro de alquitrán y de un pincel ó hisopo, recorre la *cancha*, atento á las llamadas, dispuesto á curar las heridas ó lastimaduras que las tijeras ocasionen.

Junto á la cocina, grande y ahumada, está cebando mate la cocinera, sucia y desgredada. Y allá más lejos, en la entrada de la *estancia*, á la sombra de los paraísos, están en amable compañía dos ó tres caballos de pobre aspecto, mascullando los brotes tiernos del pasto, y los perros de la casa, tendidos largo á largo, con la lengua fuera de la boca, fatigados por el calor, pero atentos á cualquier ruido de afuera y dispuestos á saltarle encima al primero que se arrime á la puerta, ó á salir ladrando detrás de cualquier jinete que pase trotando ó al galope.

¡Ruda faena la esquila! La atmósfera quieta, un tanto brumosa, caldeada por aquel fuerte sol de septiembre, pesa como losa de plomo sobre aquellos peones, quienes arqueado el tronco, sudoroso el cuerpo, agitado el resuello, mal protegidos de los rayos del sol, entre el vaho de las ovejas, aspirando el polvo y la suciedad mezclados con las hebras del vellón, se pasan todo el santo día moviendo incesantemente

(1) Casa de campo, cortijo; el principal edificio levantado en el campo ó heredad donde vive el dueño ó el arrendatario.

(2) Los productos de la ganadería.

(3) Canto popular.

(4) Pedazo de lata que se entrega por cada oveja esquilada para saber al fin de los trabajos cuánto ha ganado cada peón.

te las sendas tijeras, sin otra satisfacción para sus cansados cuerpos que algún mate tomado junto á la cocina de prisa y corriendo.

Y sin embargo, se pasan todo el día alegres y apenas para un momento su lengua, ya conversando en voz alta, ya quedo y entre vecinos, cuando el patrón refunfuña, temiendo que con la conversación afloje el trabajo. Sorprende verdaderamente aquel humor para tanta charla en hombres que deberían estar rendidos por la fatiga. *Retrúcanse* constantemente, agudos y decidores como son, y de todos los accidentes de la esquila y de todas las circunstancias de la vida criolla, entre chanzas y veras, sentenciosos y marrulleros, sacan motivo para su charla continua, interminable, de todo el día. Y muy dados á burlas y sin compasión para ellos mismos, le arman frecuentes *fumadas* (1) al *médico*, llamándole para supuestas heridas y levantándole la cola á un carnero cuando con el hisopo pringado en la negra brea se acerca presuroso para ejercer su ministerio, ó le azuzan al pobre *agarrador*, si se para un punto, para que traiga ovejas, ó se ríen á mandíbula batiente del que larga un carnero mal esquilado, con *banderas* ó hilachas de vellón flotando al viento.

No dan, con todo, paz á la mano hasta concluir con la *encierra* del día. Podrá haber algún maula, siempre pronto á *hacer sebo*, es decir, á haraganear, que con el pretexto de afilar las tijeras se salga frecuentemente de la cancha, y se le arrime á la cocinera y le dé conversación mientras toma un *verde* (2). Acaso en las horas de siesta, enervantes con aquel aire de fuego que se respira, disminuyen un tanto las energías; pero así que el sol se va acercando sensiblemente al horizonte y la brisa de la tarde orea y refresca los cuerpos

- (1) Engaños.
- (2) Mate.



ABRAHAM LINCOLN ADOLESCENTE, escultura de C. Caccia
(Exposición de la Real Academia de Londres)

sudorosos, actíbase el trabajo, sirviendo de poderoso acicate el deseo de concluir antes de que anochezca para poder correr alguna carrerita. Y cuando la encierra toca ya á su término, la charla va aflojando y el ruido de las tijeras, nerviosamente movidas, se oye cada vez más fuerte; nadie piensa ya en burlas; sobrecitados, sienten todos una ansia loca por concluir pronto; y al fin acabase la encierra, y se abre la puerta del brete, del que salen saltando, asustadas, las ovejas, cuando el sol, rojo y enorme, se dispone á hundirse en las inmensidades de la pampa, matizando con hermosísimos colores las ligeras nubes que flotan por el espacio. Y en tanto que el pastor *repunta* ó lleva las ovejas hacia la majada, que está en aquellas horas abrevándose en el arroyo que bordea el campo, corren presurosos los peones ó desatar los caballos y arman una carrera, sirviendo de cancha ó pista algún retazo del mismo campo, ó el camino más próximo, ó se contentan, si está ya muy próxima la noche, con algunas jugadas de *taba* (3), en las que suele *tomar un barato* ó acompañarles el patrón de la estancia.

Ya de noche, júntanse todos en la amplia cocina, donde despachan en un santiamén abundante guisote de carne. Y en tanto que los mujeriegos se quedan departiendo allá en la cocina, mate tras mate, con las peonas, *¡el dúo eterno!*, los más se van al galpón de la peonada, no á descansar, sino á armar un *torito* ó partida de monte. El juego es la gran pasión del argentino, como de los americanos todos. Juégase en América á todo; á la *taba*, al truco, al monte, á las bochas, á la pelota, á las carreras, á los gallos, á la bolsa; no importa la clase de juego; lo que interesa es sentir y gozar los arrechuchos de la avasalla-

- (3) Hueso del pie del cerdo, el *astrágalo*, con el cual se juega tirándolo al suelo á manera de dado.



Caricias de león, cuadro de Hans Krause

dora pasión. Y los esquiladores, criollos al fin, corren presurosos á sentarse alrededor de una *carona* (1) ó de un poncho que hace el oficio de tapete verde, cada cual con su montoncito de latas (la moneda corriente), ganadas con el rudo trabajo del día. Y allí, mal alumbrados por una vela de sebo, con el alma en los ojos, observando al banquero que va descubriendo nerviosamente la pinta de los sucios y grasientos naipes, se pasan las horas sin pensar en el descanso, absortos, clavados en su sitio, silenciosos, pintada el ansia en los rostros, y allí se pasarían toda la noche si el capataz de la estancia, que no juega, aburrido y cansado, no ordenara ya muy tarde que apagarán la vela y se retiraran á sus camastros.

Y al día siguiente y al otro y otros después, vuelta á empezar, repitiéndose el mismo trabajo y reproduciéndose análogas escenas. El patrón, cada vez más nervioso, apura, apura constantemente el trabajo, por el deseo de verse libre cuanto antes de tanta peonada y, sobre todo, para poder entregar pronto la lana ante el temor de que bajen los precios. Al fin, entre los apuros de unos y otros y entre veras y chanzas, quedan limpias las majadas y concluye la esquila.

Salen los peones de la cancha contentos y alborozados como niños al salir de la escuela; y como es seguro que habrá algún *monguengue* ó fiestecita, porque hay en la estancia algunos amigos del patrón venidos para presenciar las esquilas, va la peonada á la tina, cerca del pozo, á desengrasarse, á quitarse el polvo y el sudor de la ruda faena. Mientras, queda el patrón con los amigos bajo el cobertizo, saboreando el *mate* y comentando el resultado de la esquila. La cosecha no ha sido buena, todo lo más fué regular; el vellón no ha resultado ni fino ni muy limpio, de calidad regular y con bastante carretilla. «¡Mal van las cosas, mal! ¡Oh, aquellos tiempos! Hoy es una pena ser estanciero: las cosechas malas, los precios bajísimos, los jornaleros caros, las obligaciones tremendas; así no se puede prosperar. Valdría más arrendar el campo para agricultura.» Y continúan en este tono por largo rato las lamentaciones; pero hay que tomar lo que dice el patrón á beneficio de inventario, porque cada año dice lo mismo, y todos los años, sin embargo, aumenta su capital en *hacienda* (2).

De todos modos hay que celebrar la terminación de las faenas, haya sido buena ó mala la cosecha. Y al caer de la tarde, bajo los árboles de la quinta, ásanse á estilo de campo unos corderitos jugosos, doraditos, olorosos, que son despachados en un momento, junto con un sin fin de pasteles dulces y aderezado todo con sendos tragos de rico *carlón* (3).

(1) Pieza de cuero del *recado* ó silla de montar que emplea el paisano argentino.

(2) Ganado.

(3) Vino catalán.

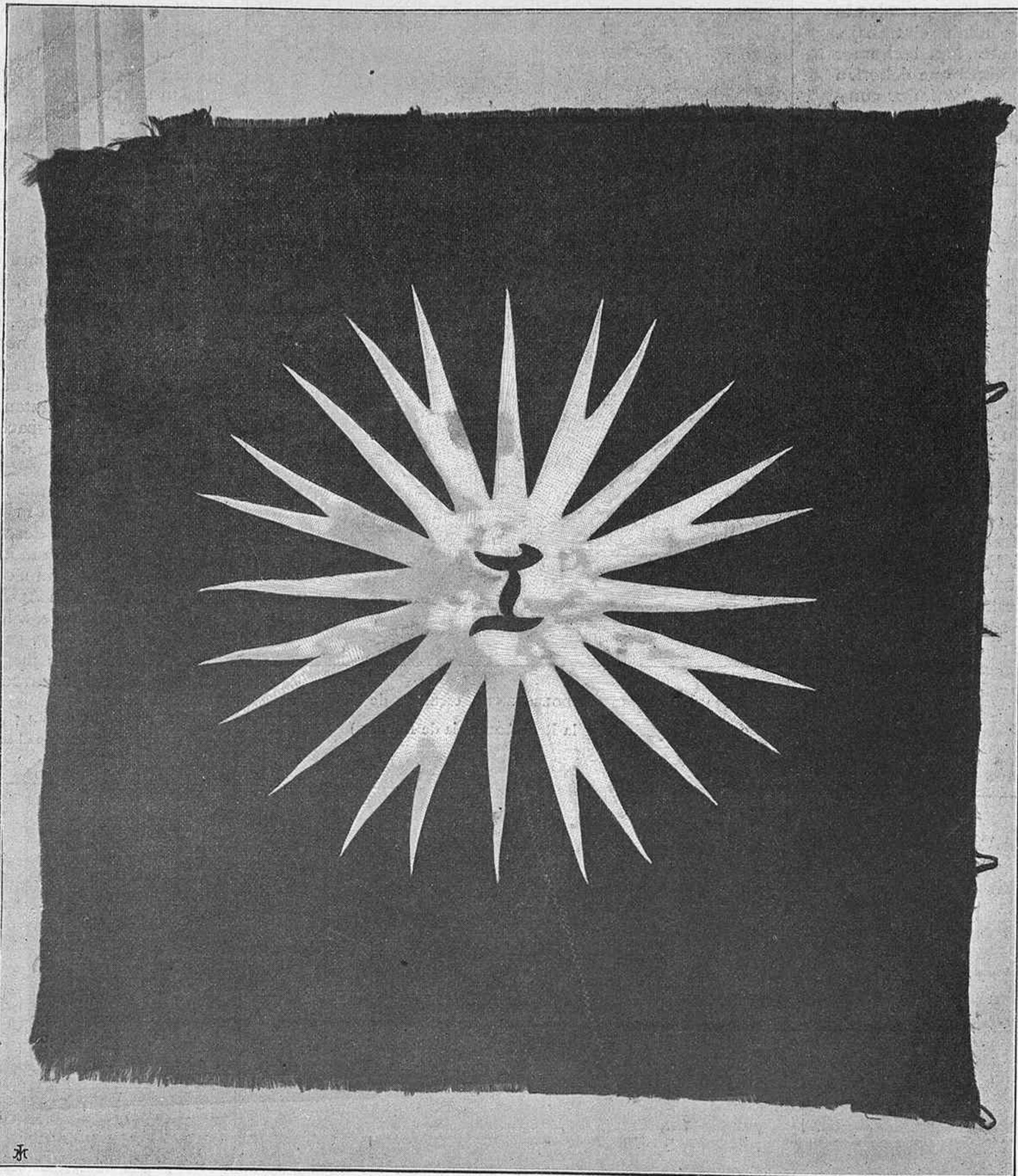
Y para fin de fiesta, lo mejor, un bailecito. Llegan los conocidos y los amigos de la vecindad, toma uno la guitarra, y allá van *gatos* y *trunfos*, y allá van bailes *agarrados*, y allá van mates y copas y pasteles, no dando paz á las piernas ni á las lenguas ni á los

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Filipinas.— Prescindiendo de consideraciones para justificar la publicación de grabados referentes á la insurrección filipina, pues mejor que pudiéramos hacerlas nosotros las harán todos y cada uno de nuestros lectores, entraremos desde luego en la descripción de los que en el presente número reproducimos.

Tres ó cuatro son las banderas ó estandartes *katipunescos* que se han cogido al enemigo durante la campaña, pero ninguna que represente la verdadera enseña de la insurrección ó mejor dicho del *generalísimo* más que la reproducida en el grabado de esta página, que ondeó en el puente de Noveleta y que arriaron y abandonaron allí los insurrectos al ser tomadas sus trincheras por nuestros soldados. Dicha bandera, que se encontró tirada y rota dentro de la trinchera del puente, es de lana, toscamente tejida y procede al parecer de una manta; es de color encarnado, tiene poco más de un metro en cuadro y está bastante deshilachada en sus bordes. Cosida á ella hay una estrella flamígera de 24 puntos de tela blanca ordinaria, en cuyo centro se ve la letra K del antiguo tagalo, inicial del *katipunán*. Esta bandera fué recogida por el sargento de Ingenieros D. Rafael Medina, que es uno de los que más se distinguieron en aquellas operaciones, por lo cual ha sido propuesto para una merecida recompensa, y hoy está en poder de nuestro corresponsal señor Arias y Rodríguez, que la conserva como interesante y precioso recuerdo de aquellas jornadas.

El río y el puente de Bacoor encuéntrase cerca del que fué pueblo de este nombre, y decimos que fué porque con los incendios desaparecieron casi todos los edificios que lo constituían, hasta el punto de que sólo quedaron de él seis casas y aun éstas medio destruidas. El día en que nuestro corresponsal tomó la vista que el



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. — BANDERA QUE ONDEÓ EN EL PUENTE DE NOVELETA, ABANDONADA POR LOS INSURRECTOS AL SER TOMADAS SUS TRINCHERAS POR NUESTRAS TROPAS (de fotografía)

buches hasta que la rosada aurora empieza á desvanecer las negruras de la noche...

Concluyó ya todo en la estancia. Arregló el patrón sus cuentas con la peonada, y al amanecer dispérsase toda aquella gente por los cuatro puntos cardinales. Los amigos vuelven al pueblo, los vecinos á sus casas, los peones á sus *pagos* ó á nuevas esquilas. Algunos, los menos de los peones, llevan consigo el dinero ganado con su rudo trabajo; otros cambian la *plata* (4) por los géneros que á la puerta de la estancia les vende el buhonero, siempre á la husma de los pesos, oliendo siempre dónde se guisa, dónde hay algo que recoger. Pero la mayor parte se vuelven como han venido, montados en su *flete* pobre de apero, sin llevarse un peso, pues dejaron toda la plata entre los zarzales del *monte*. Y van resignados, que así es la vida, y hay que tomarla como ella es y como viene. Que, por lo demás, de pobres y tristes peones no han de salir, como dicen ellos, hagan lo que quieran, porque ya es cosa sabida que

«Cuando la suerte se inclina
á fastidiar los mortales,
al *nudo* (5) son los candeales
y los caldos de gallina.»

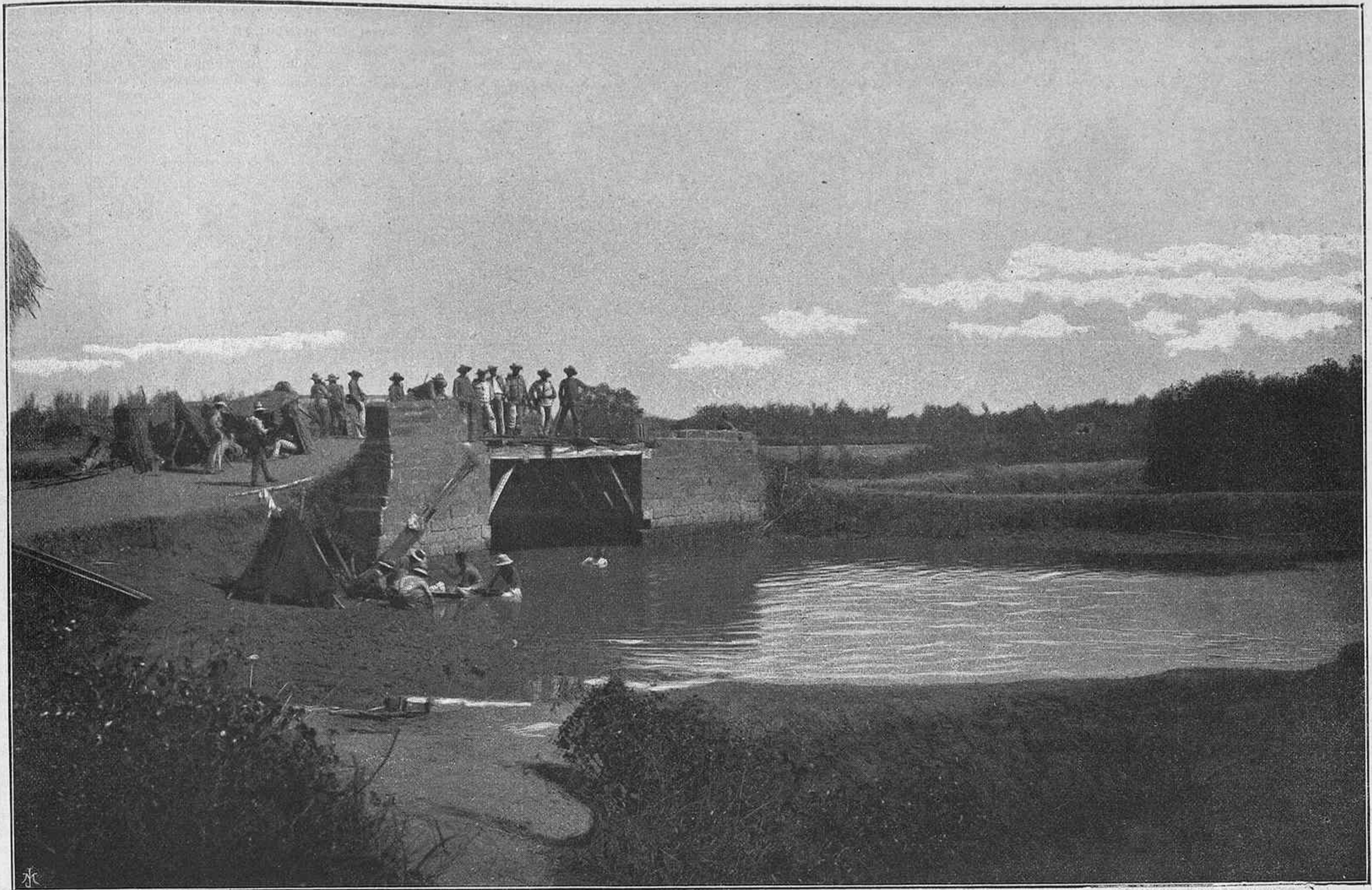
como cantaba un día un paisano viejo, sentencioso y fatalista, como buen habitante de la pampa.

(4) Dinero.
(5) Inútiles.

FRANCISCO PI Y SUÑER

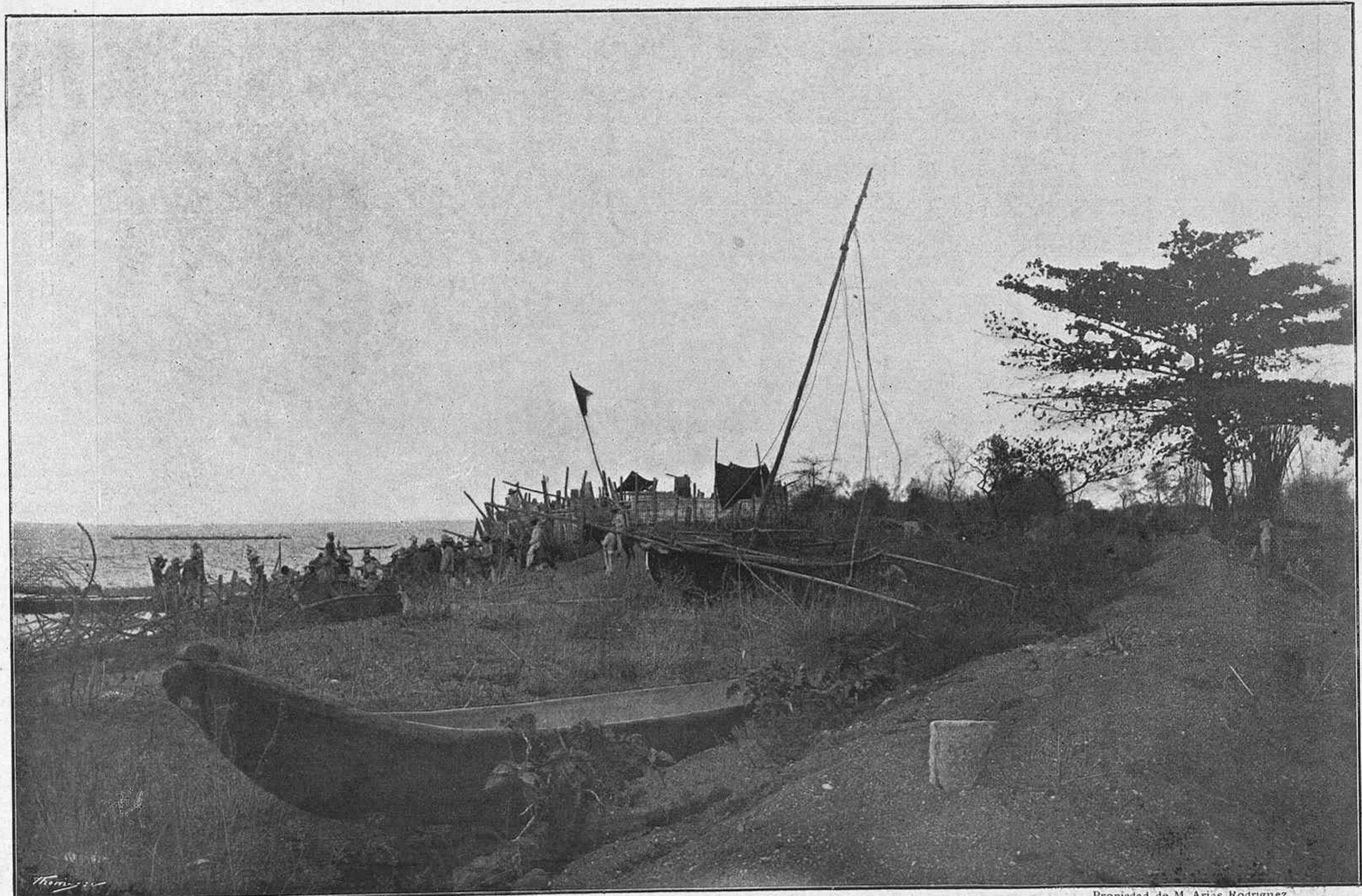
primer grabado de la página 551 reproduce, el límite de nuestro campo por aquella parte lo constituía el puente en su punto más avanzado, en donde se ve un centinela: los terrenos que enfrente se extienden pertenecían aún al enemigo. Sobre el puente hay un grupo de oficiales francos de servicio y en el río varios soldados lavando la ropa y bañándose; en la parte izquierda está el retén con los mausers adosados al muro. Las barandillas que tuvo el puente las destruyeron los insurrectos. Todas las tierras inmediatas las utilizaban los indígenas, destinándolas á salinas, que les producían grandes rendimientos.

El segundo grabado de la página 551 reproduce la playa de Bacoor y el heliógrafo instalado sobre una trinchera abandonada por el enemigo. Esta trinchera, como todas las construídas por los insurrectos, tiene el muro de contención formado de caña, y sólo difiere de las otras por la mayor anchura que le dieron los insurrectos, para evitar los efectos de las granadas que les disparaban nuestros buques. Internadas en tierra vense dos grandes *bancas*, una de ellas con su arboladura, y ambas agujereadas por nuestros proyectiles á pesar del cuidado que en salvarlas puso el enemigo. La bandera que ondea en la trinchera es la azul turquí de nuestros ingenieros militares para llamar la atención de la estación de señales de Cavite: detrás de ella está el heliógrafo. Cuantos, como nuestro corresponsal, estuvieron en aquellos sitios durante las operaciones, muestranse asombrados del inmenso trabajo llevado á cabo por los insurrectos para el movimiento de arena y tierra en una extensa línea de trincheras próxima á la playa y en otras más pequeñas y paralelas á la principal dentro del pueblo. Momentos después de tomar la vista que reproducimos, los insurrectos rompieron nutrido fuego contra los nuestros, causándonos dos bajas y obligándonos á retirar el heliógrafo. Entonces empezó el combate en las inmediaciones del pueblo de Bacoor por un reconocimiento que el bravo general Marina Vega llevó á cabo en los alrededores de Binacayán, mientras el incendio destruído los caseríos de materiales ligeros que constituían los arrabales del pueblo. «A esto agréguese — nos dice en una de sus cartas el Sr. Arias — la elevadísima temperatura y la falta absoluta de



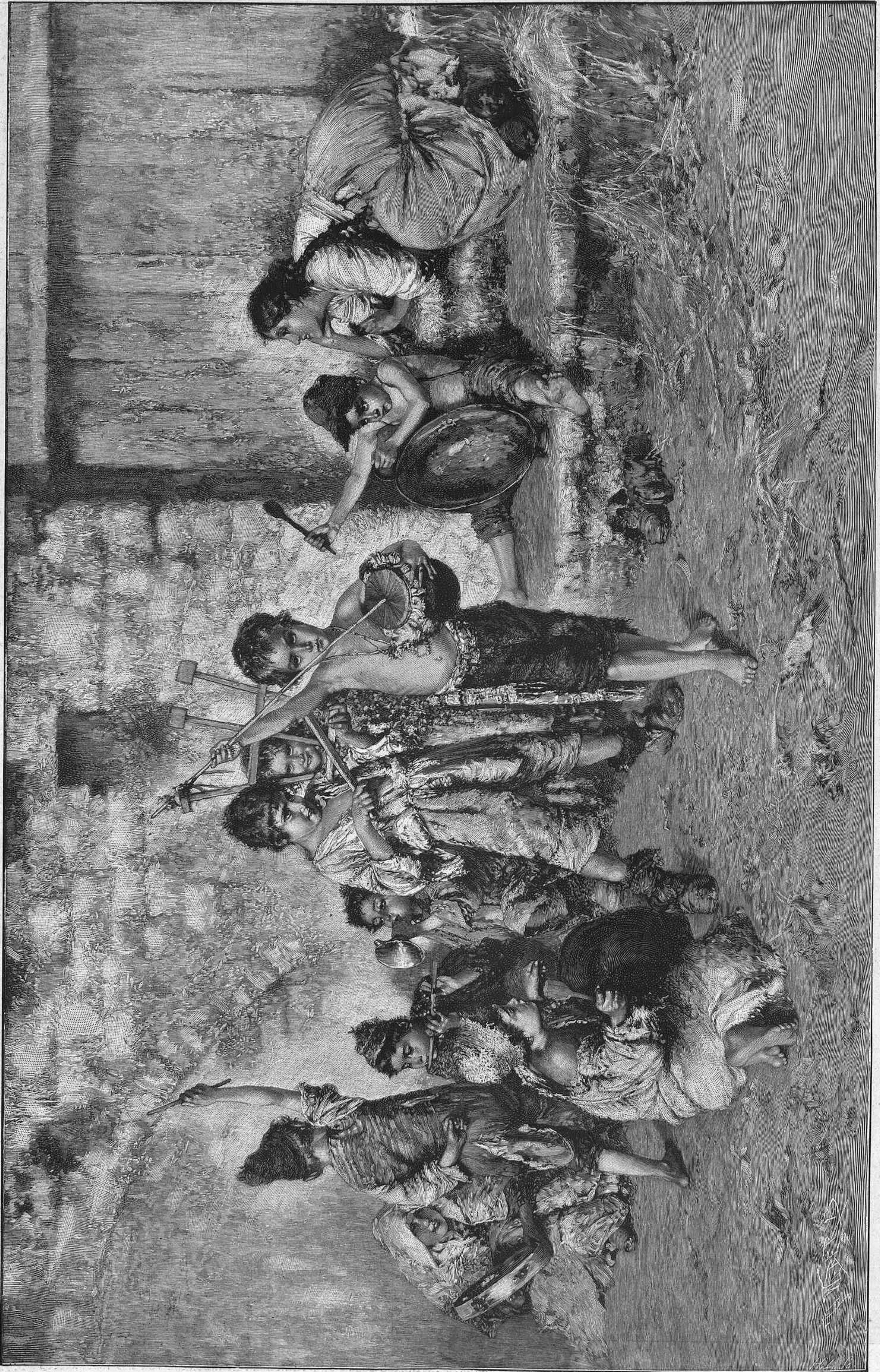
Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - RÍO Y PUENTE DE BACOR (CAVITE). - UNA AVANZADA DE NUESTRAS TROPAS

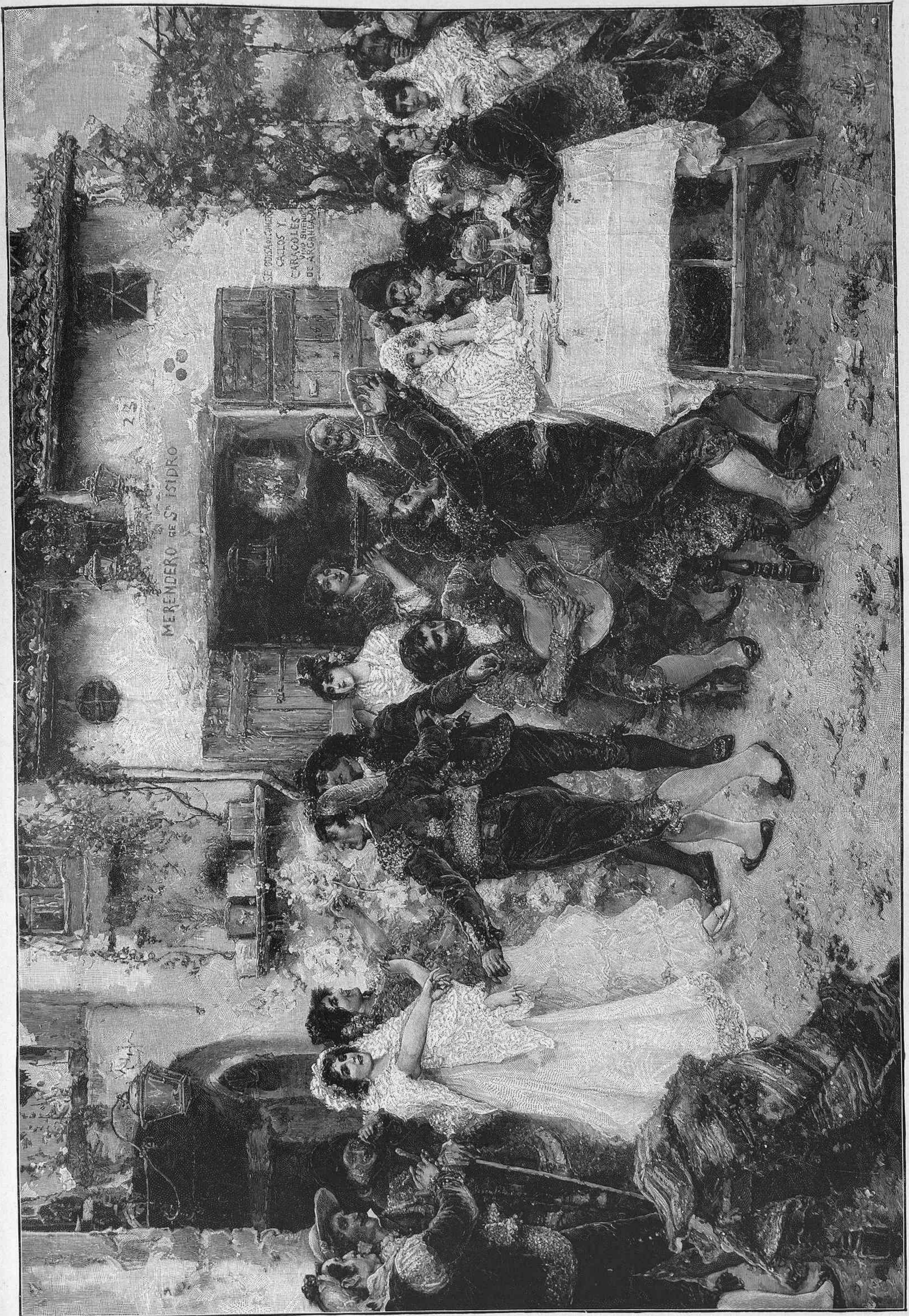


Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PLAYA DE BACOR (CAVITE). - HELIÓGRAFO INSTALADO SOBRE UNA TRINCHERA ABANDONADA POR LOS INSURRECTOS



CONCIERTO INFANTIL, copia del celebrado cuadro de V. Irolli



FIESTA EN UN MERENDERO Á PRINCIPIOS DE SIGLO, cuadro de P. Salinas

agua para mitigar la sed y podrá formarse idea, aunque remota, de los sufrimientos padecidos por todos. La ceniza de los incendios cubría la mayor parte del terreno que pisábamos formando un suelo de rescoldo.» La jornada fué difícil para nuestras sufridas tropas, pero el éxito coronó sus esfuerzos y una vez más ciñeron nuestros heroicos soldados los laureles de la victoria.

También publicamos el retrato de uno de los generales que más valientemente se portaron durante las operaciones realizadas en tiempos del general Polavieja. D. José Marina Vega nació en Figueras en 1848, y á la edad de quince años entró á formar parte, como cadete, del batallón de cazadores de Llerena. Ascendió á subteniente, sirvió en Filipinas en los regimientos de Isabel II, Princesa, España, Príncipe, expedicionario de Artillería y Magallanes, regresando á la península con el empleo de teniente. Batióse en el Norte contra los carlistas y ganó en aquella campaña varios empleos hasta el de comandante. En 1882 pasó á Puerto Rico, en donde desempeñó la fiscalía y otros cargos importantes, y vuelto á España fué profesor de la Academia general militar desde 1885 á 1887, en que regresó á Puerto Rico, pasando al poco tiempo á Filipinas, en donde por su comportamiento en el ataque de Binacayán se le



El general de brigada D. JOSÉ MARINA VEGA que tanto se ha distinguido en la campaña de Filipinas (de fotografía)

concedió el empleo de general de brigada, y por el valor y acierto con que dirigió la marcha de sus fuerzas de Biñang á Silang, en el ataque á esta última población, ha sido recientemente condecorado con la gran cruz del Mérito Militar.

No terminaremos estos apuntes sin dar una vez más las gracias á nuestro corresponsal artístico Sr. Arias y Rodríguez, que afrontando los peligros y arrojando las grandes dificultades de una empresa como la que está llevando á cabo, ha estado siempre entre nuestras tropas y en los sitios de mayor riesgo para poder facilitarnos los interesantísimos datos que constituyen una información gráfica completa é importante de la campaña filipina.

El príncipe Enrique de Orleans y el general Albertone.—Los conceptos que juzgando la conducta de las tropas italianas en Abisinia emitió el príncipe Eugenio de Orleans produjeron gran indignación en el ejército de Italia. El general Albertone, considerándose directamente ofendido, retó al príncipe en desafío; mas éste no ha podido llevarse á efecto por haber querido asumir la representación de todos sus compañeros de armas el conde de Turín, hijo segundo del que fué rey de España D. Amadeo de Saboya, cuyo retrato publicamos en el número 791 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en vista de lo cual retiróse el general Albertone. El lance se llevó á cabo en la mañana del día 15 de los corrientes en el bosque de Marechaux, en las inmediaciones de París: duró veintiséis



El príncipe ENRIQUE DE ORLEANS



El general italiano ALBERTONE

minutos y hubo durante él cinco asaltos. El resultado fué quedar gravemente herido el príncipe de Orleans en el vientre y en la mano, y levemente en una mano el conde de Turín.

Las primeras golondrinas, cuadro de José M.^a Tamburini.—El distinguido pintor catalán Sr. Tamburini tiene temperamento de poeta: sin salirse de la realidad, pero buscando lo que ésta ofrece de verdaderamente bello; sin dejarse llevar de las falsas exageraciones de un idealismo extremo, pero tomando de esta escuela aquel sentimiento que engendra la emoción estética, ha logrado de tal manera aunar la verdad con la poesía, que sus obras satisfacen las exigencias de la razón y de los corazones abiertos á los más dulcísimos afectos. Si nuestros lectores recuerdan las varias obras que de él llevamos publicadas, convendrán en que nuestro juicio es exacto y el cuadro suyo que reproducimos en la primera página de este número es una nueva confirmación de esas relevantes cualidades que en el Sr. Tamburini señalamos; la poesía del pensamiento en que está inspirado y que tan admirablemente ha sabido exteriorizar el artista, está avalorada por una ejecución que se

ajusta á los cánones del realismo de buena ley, puesto que ni en la figura ni en el paisaje hay nada que de la verdad se aparte. Entusiastas elogios merece también la reproducción del cuadro, última obra ejecutada por el malogrado grabador Sr. Sadurní, artista tan notable como modesto, cuya muerte, no ha mucho acaecida, ha sido una gran pérdida para el arte del grabado y cuyos talentos han podido apreciar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, de la que fué el Sr. Sadurní colaborador constante.

La marina de guerra española. El clipper «Nautilus.»—Este buque de nuestra escuadra, que recientemente visitó nuestro puerto, es escuela de guardias marinas, tiene el casco de hierro y madera, y desplaza 1.500 toneladas: mide 59'30 metros de eslora, 10'40 de manga y 12'30 de puntal, siendo su calado de 4'80 metros. Monta cuatro cañones Hontoria de siete centímetros y una ametralladora de 11. Su dotación se compone de 203 hombres, además de 40 guardias marinas que hacen en el buque las prácticas de mar, y está al mando del capitán de fragata D. José Romero. El *Nautilus* es un buque de grandes condiciones marineras que ha dado la vuelta al mundo y navegado por todos los mares.

Abraham Lincoln adolescente, escultura de C. Caccia.—Esta escultura reproduce al ilustre estadista norteamericano tal como lo describe el libro *Desde el bosque hasta la presidencia de los Estados Unidos*. Lincoln adolescente, vestido de labrador, está sentado y en actitud meditabunda con el libro en la falda y el hacha apoyada entre las piernas: su cabeza está finamente modelada y sus manos son un prodigio de ejecución; su rostro tiene expresión extraordinaria y la obra en conjunto ofrece una severidad y una corrección de líneas dignas de los mayores encomios.

Caricias de león, cuadro de Hans Krause.—A pesar de las dificultades que indudablemente ofrece la pintura de animales fieros, no son pocos los artistas que se dedican á este género y que han logrado sorprender no sólo las figuras sino que también el carácter y la vida de sus modelos. El pintor alemán Krause, al presentarnos esa escena íntima de una pareja de leones, ha demostrado haber estudiado con cariño al rey de las selvas y á su gentil compañera, formando con ellos un grupo lleno de vida y de naturalidad, y haciendo de tal asunto una bellísima composición artística.

Concierto infantil, cuadro de V. Irolli.—No se necesita una detenida observación para hacerse cargo de las bellezas de este cuadro: el pensamiento ingenioso en que está inspirado, la habilidad con que están agrupadas y ejecutadas las figuras, la gracia con que aparece tratado cada uno de los infantiles *concertistas*, son otras tantas excelencias que saltan á la vista en esta composición, bajo todos conceptos simpática.

Fiesta en un merendero á principios de siglo, cuadro de P. Salinas.—Digan cuanto quieran los exagerados campeones del modernismo, cuando un artista de verdad traslada al lienzo tipos y costumbres de pasados tiempos, imprimiendo en ellos el sello de la época y comunicándoles esa vida sin la cual no existe el arte, merece el aplauso de la crítica. Recordarnos cosas que fueron es obra simpática y meritorio, sobre todo si estas cosas subsisten todavía, bien que modificadas en sus elementos accidentales y secundarios. La fiesta que tan admirablemente ha pintado en su cuadro el celebrado artista Sr. Salinas es una de las tradicionales en Madrid: los madrileños de hace un siglo acudían á solazarse á la pradera de San Isidro, y á la pradera de San Isidro á solazarse acuden los madrileños de hoy, como seguramente seguirán acudiendo los del siglo que viene. Aparte de esta consideración que hace agradable el asunto del cuadro, Salinas ha sabido interpretarlo con tanto acierto y ofrecernos una escena tan animada y tan verdadera y unos personajes tan bien tomados de la vida real, aunque esta vida se remonte á una época lejana, que cuantos contemplan su obra no podrán menos de aplaudirle y de desear para bien del arte que siga cultivando un género en el que se ha mostrado siempre como consumado maestro.

En Venecia, dibujo de José M.^a Marqués.—Varias veces hemos publicado en estas páginas bellos apuntes en los que el celebrado pintor catalán Sr. Marqués ha consignado las impresiones recogidas en sus viajes por Suiza, Holanda, Italia, etc. El que hoy reproducimos en la última página de este número es un interesante recuerdo de la perla del Adriático, que, como los anteriores, demuestra cuán bien sabe el autor sentir la naturaleza y con cuánto acierto logra fijar en el papel ó en el lienzo los poéticos espectáculos que recrearon su vista durante sus provechosas excursiones por los países extranjeros, en donde tantos motivos de inspiración halla quien como el Sr. Marqués tiene temperamento de verdadero artista.

Monumento á Máximo Lalanne, obra de Pedro Granet.—Recientemente se ha inaugurado en Burdeos este monumento dedicado á la memoria del célebre dibujante Máximo Lalanne, fallecido en 1889. Este monumento, erigido en el Jardín público, se compone de un busto de mármol blanco colocado sobre un pedestal de mármol rojo, en el cual se ve una rama de bonetero, arbusto del que se hace el carbón llamado fusín para dibujo, que por este concepto tiene un carácter á la vez simbólico y decorativo. Apoyado en el tronco hay un genio que tiene en una mano un trozo de fusín y en la otra una hoja que figura ser de ese papel especial al cual Lalanne dió su nombre y que es tan conocido por los artistas. El monumento, de elegantes líneas y de aspecto sobrio y severo, es obra del distinguido escultor bordelés Pedro Granet, que con él ha glorificado dignamente el nombre de su ilustre compatriota.



MONUMENTO AL DIBUJANTE LALANNE, recientemente inaugurado en Burdeos, obra de Pedro Granet

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LONDRES.—Con asistencia del príncipe de Gales se ha inaugurado solemnemente en Londres hace poco un nuevo museo de pinturas llamado Galería Nacional de Arte Británico, cuya fundación se debe á la munificencia de un rico comerciante, Mr. Enrique Tate, el cual, además de haber costeado el edificio, cuyas obras han importado 100.000 libras esterlinas (dos millones y medio de pesetas), ha cedido al Estado una colección de 65 cuadros de los más célebres pintores ingleses modernos. El museo cuenta por ahora, aparte de esta colección, varios lienzos sacados de otros museos, entre ellos algunos del de South-Kensington y 17 donados por el pintor Watts.

—Se ha vendido recientemente en Londres un cuadro de Romney, que es el retrato de dos niños de tamaño natural, en 9.100 libras esterlinas (227.500 pesetas).

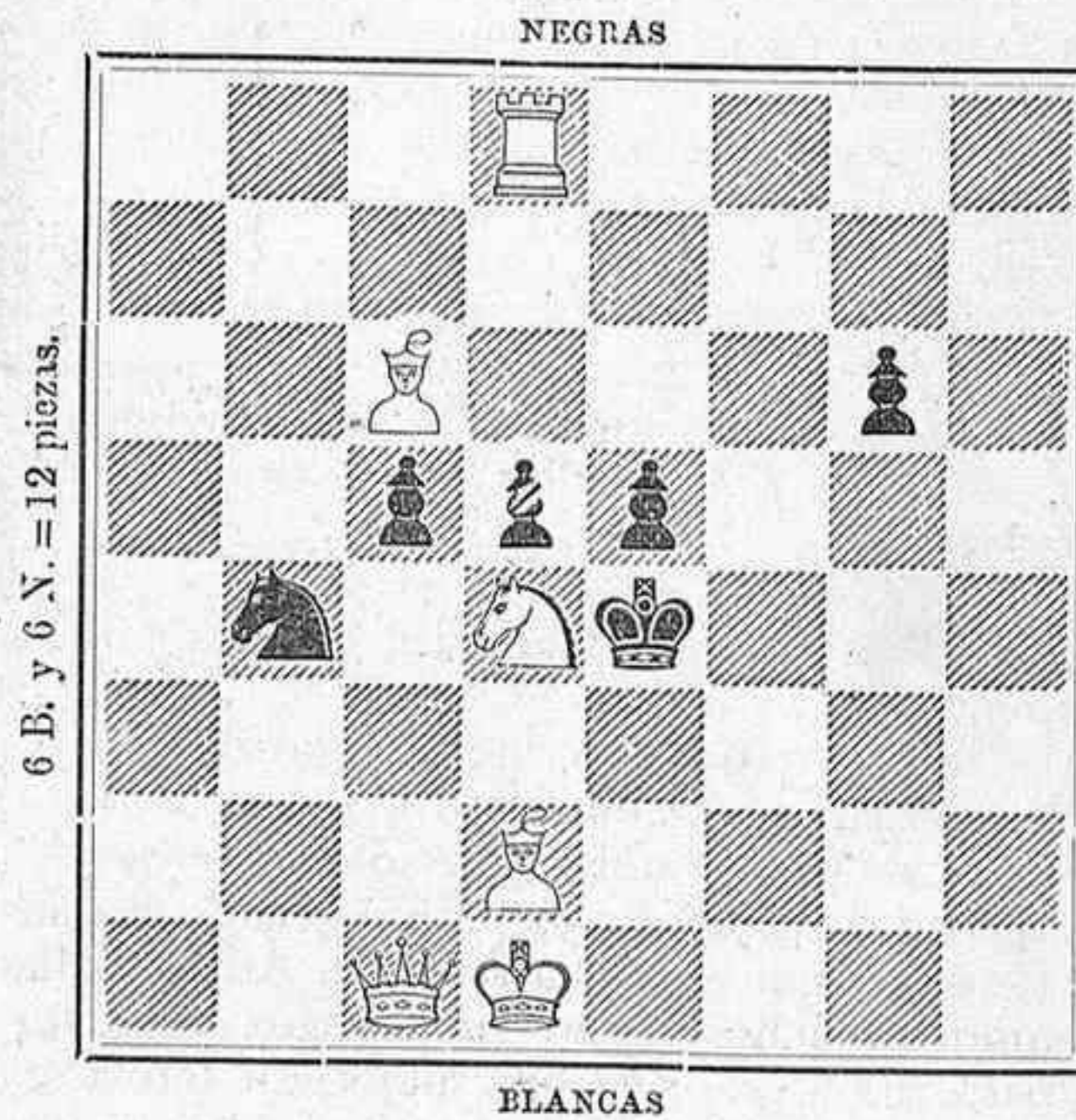
ROMA.—El municipio romano ha adquirido por tres millones de liras, pagaderos en veinte años, la célebre Villa Borghese con sus magníficos parques y jardines y con todos los tesoros artísticos que contiene. La extensión de esta magnífica finca es de un kilómetro cuadrado.

Teatros.—Se han inaugurado en Baireuth las representaciones wagnerianas de este año, asistiendo á la función inaugural los reyes de Wurtemberg, la gran duquesa viuda de Sajonia-Weimar, el duque Luis Víctor de Austria y otros miembros de familias reales alemanas. Las dos primeras obras representadas han sido *Parsifal* y *El oro del Rin*, dirigidas respectivamente por los maestros Seidl y Richter.

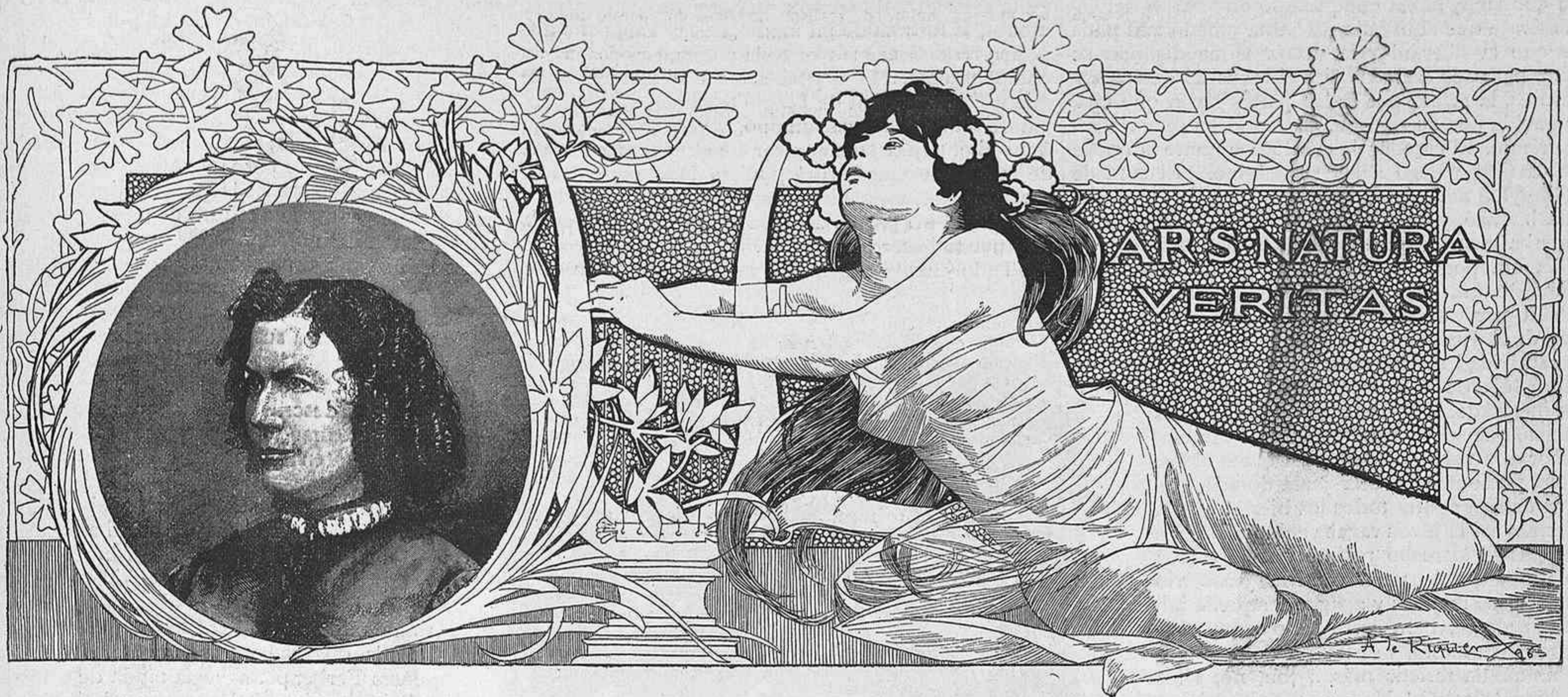
Barcelona.—En el teatro de Novedades continúa siendo objeto de muchas entusiastas ovaciones el eminente actor señor Vico, que últimamente ha puesto en escena *La capilla de Lanuza*, *El alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, *La carcajada*, *La Pasionaria*, *Guzmán el Bueno*, *El soldado de San Marcial* y *Consuelo*.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 83, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 82, POR J. TOLOSA
Blancas. Negras.
1. D3CD. I. Cualquiera.
2. C, D6T mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

Era indudable que aquella habitación había sido desde su origen una cámara secreta. Su forma sumamente irregular — la de un triángulo mal proporcionado — no fué elegida al parecer, sino impuesta por el espacio de que se disponía. Un ángulo, provisto de la ventana cuya existencia se sospechaba, se unía estrechamente con la capilla. Reinhard emitió la opinión, muy verosímil, de que aquel aposento debía haber servido para ocultar los objetos preciosos usados para el culto católico; suposición tanto más verosímil cuanto que varios escalones conducían á una puerta, ahora tapiada, que servía en otro tiempo de entrada á la capilla. Algunas ramas de hiedra se habían deslizado hasta la ventana y rodeábanla con una ligera red; pero los vidrios, que pertenecían á una de las mejores épocas del arte, estaban perfectamente conservados, gracias, según todas las apariencias, á las dos gruesas paredes que formaban saliente á cada lado de la ventana.

Lo que se veía allí era en realidad un ataúd de estaño, pequeño y angosto, que reposaba solitario, olvidado ó ignorado, sobre su catafalco guarnecido de terciopelo negro, ocupando el centro de la estancia. En la cabecera elevábase un candelabro gigantesco, el cual conservaba aún algunas manchas de cera sobre el escudo de armas que le adornaba; y al pie del ataúd había un escabel sosteniendo una mandolina, cuyas cuerdas rotas caían melancólicamente fuera del instrumento. No tan sólo era este último muy antiguo, sino que estaba en extremo desgastado, pues la chapa negra, que remataba en un mango, tenía señales de un uso continuo, y la tablilla armónica estaba ligeramente hundida en el sitio donde se habían puesto los dedos para hacerla vibrar.

Los últimos átomos de algunas flores reducidas á polvo se dispersaron desde el ataúd al acercarse los curiosos, que entonces pudieron leer el nombre de *Lila*, profundamente grabado en la tapa.

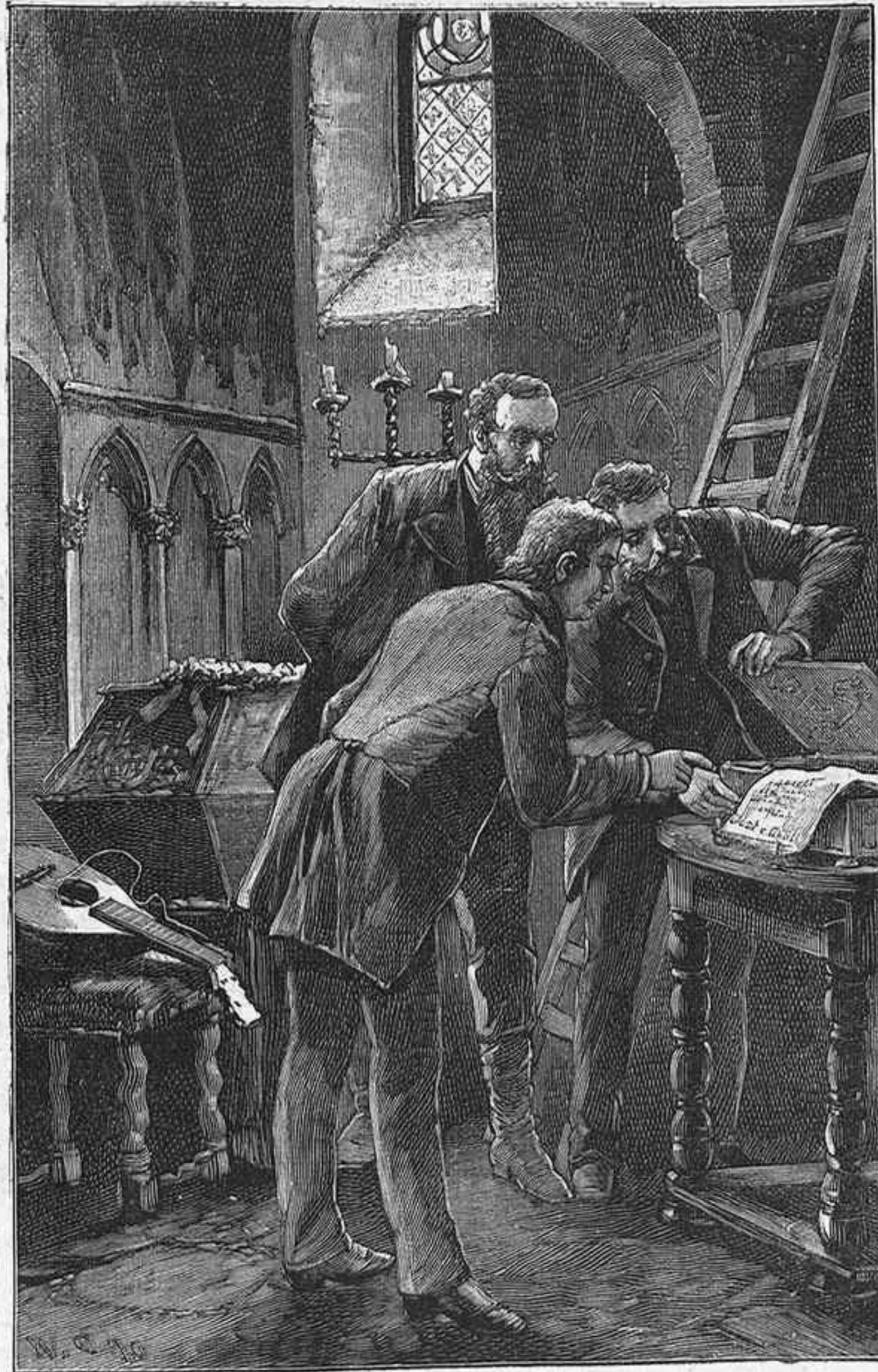
En la gruesa pared, en el sitio más ancho de aquella estancia, veíase un armario de madera de encina.

— Ahí se encerraban sin duda los ornamentos de la iglesia, dijo Reinhard.

Y entreabrió las dos hojas, que solamente estaban ajustadas, quedando al pronto cegado por las nubes de polvo que se desprendieron. Allí se hallaban reunidos muchos objetos que debían haber formado parte del tocador de una mujer; su forma era extraña, sus colores muy variados; y aquellos oropeles, adornados de oro ennegrecido, de lentejuelas enrojecidas, ofrecían un singular contraste con el triste y severo espectáculo que presentaba el aposento y con su destino actual.

La persona que en otro tiempo usó aquellos ador-

nos debía haber sido singularmente pequeña y graciosa; todos los vestidos, bordados de oro y plata, eran cortos como los de un niño, y los corsés, de terciopelo púrpura, azul ó violeta, adornados con lazos de cintas de oro, habían ceñido sin duda un talle singularmente esbelto y delgado... Muchos, muchísi-



Ferber se acercó y levantó con precaución la tapa del cofrecillo

mos años habían transcurrido sin que ningún ser humano respirase bajo aquella bóveda, sin que ninguna mano viviente hubiese tocado los objetos contenidos en aquel armario.

Contra una de las paredes inmediatas al armario apoyábase una mesita de mármol, que bien necesitaba este apoyo, porque sus pies, vacilantes y carcomidos, estaban á punto de ceder y su caída hubiera ocasionado la de un cofrecillo puesto sobre la mesa, verdadera obra artística de marfil con incrustaciones

de oro y plata. La tapa no estaba del todo cerrada, sino un poco entreabierta, asomando por ella una hoja de pergamino que parecía había sido colocada así para llamar la atención. Este pergamino, ennegrecido por la acción del tiempo, estaba cubierto, como todas las cosas de aquel misterioso cuartito, de una espesa capa de polvo; pero distinguíanse fácilmente grandes y bien marcados caracteres de escritura, destacándose en letras casi gigantescas el nombre de Justo de Gnadewitz.

— ¡Mil millones de tiros!, exclamó el guardabosque. ¿Qué significa todo eso? ¡Justo de Gnadewitz!.. ¡Pues si es el héroe de los cuentos de Sabina, ó más bien de su abuela!

Ferber se acercó y levantó con precaución la tapa del cofrecillo para examinar lo que contenía. Allí se hallaban, colocados en almohadillas de terciopelo, que antes debieron ser de color de púrpura, brazaletes, alfileres, collares, y varias sartas de perlas finas.

El pergamino había caído al suelo; Reinhard lo cogió, y pidió permiso para descifrarlo. Atendida la fecha, que se remontaba á unos dos siglos, era notablemente incorrecto, tanto por la ortografía como por la redacción; según todas las probabilidades, el que había trazado aquellas líneas era mucho más hábil para manejar las armas del caballero que la pluma del amanuense; mas á pesar de tal inexperiencia, exhalábase de aquellas líneas el soplo poético que siempre acompaña á un sentimiento verdadero. Reinhard leyó en alta voz:

«¡Quienquiera que seas, y fuera cual fuese la causa que te trae á este sitio, en nombre de todo cuanto es santo para ti, en nombre de todo lo que amas, de todo cuanto conmueve tu corazón, no perturbes su reposo! ¡Ahí está *ella*, dormida como un niño..., y sin duda la muerte misma no ha osado borrar la maravillosa sonrisa que animaba sus facciones!.. Vuelvo á repetírtelo: bien seas noble ó mendigo, bien tengas derechos sobre la difunta, ó ya carezcas de ellos, atiende á mi ruego, y haz que mi mirada sea la última que en ella se haya fijado!

»No he podido, no, ni podía consentir en sepultarla bajo la tierra pesada y fría; aquí al menos se reflejan sobre ella alegres rayos de luz, y los pajarillos se posan en las ramas del árbol que se inclina hacia la ventana; sus alas traen algo del perfume de los bosques, y su garganta modula algunas de las melodías que mecieron su cuna... También había rayos de sol en el bosque, y las aves cantaban alegremente el día en que el cazador cautivado por su aparición, y dejando sus armas, siguió á la joven que huía ante él. La niña de los bosques, la hija de una de esas hordas que parecen arrastrar sobre la tierra el peso de una maldición, que vagan sin patria y sin Dios, sin haber tenido jamás un techo

para cobijarse, había conquistado el corazón del joven salvaje que aquí bajo no había amado aún nada más que la libertad y la caza... Y mendigando su afecto, hallando bajo los pies el recuerdo de sus antecesores, la siguió por todas partes hasta que ella, conmovida por su ternura, consintió en seguirle secretamente. El cazador la condujo durante la noche á su castillo, y llegó á ser su asesino... El cura de Lindhof fué allí para instruirla en la religión cristiana, la bautizó, y un día la casó al fin con aquel que la amaba tanto, con Justo de Gnadewitz. Pero su familia era poderosa, y la joven podía haber sido víctima de una desgracia... Para protegerla, y también para estar seguro de que no la separarían de él, Justo debió imponer á su esposa una cautividad severa, cruel... Debió olvidar que era hija de la independencia, debió olvidar que padecía la nostalgia de los grandes espacios, que sentía la necesidad del cambio, el amor á la vida animada; y así como el ave salvaje, prisionera en una jaula dorada, golpea su cabeza contra todos los hierros que la encierran, así la joven vagaba enloquecida de pesar por el estrecho recinto que le estaba señalado y que la tenía cautiva. Justo vió palidecer sus mejillas y apagarse aquella mirada tan alegre, pero cerró los ojos; oyó sus suspiros y su llanto, y se tapó los oídos, porque no podía resistir más... ¡oh, no, Dios mío, bien lo sabéis! No podía consentir en separarse de ella, en dejarla ir á reunirse con su tribu nómada... Muy pronto comenzó á profesarle aversión, á odiarle después; y solamente él supo que los tormentos del infierno debían parecer dulces, comparados con los que él soportaba entonces... Pero no quería que se alejase, y extremó más aún la violencia y aumentó el número de cerrojos, ejerciendo la mayor vigilancia cerca de ella noche y día, pues no ignoraba que la perdería para siempre apenas sus pies tocaran el suelo del bosque. Sin embargo, llegó después un tiempo en que se calmó al parecer un poco; deslizábase delante de él ligera y silenciosa como una sombra, y por lo menos, ya no reclamaba la libertad con gritos y llanto; cierto que no le miraba tampoco ni le dirigía la palabra, pero en cambio no estrechaba ya con frenesí los barrotes de la ventana ni se escapaba para tratar de precipitarse desde lo alto del muro; permanecía sentada tranquilamente bajo la encina que crece junto al mirador, é inclinaba un poco hacia el suelo su rostro blanco y puro como un lirio: sabía que iba á ser madre.

»La necesidad de tenerla oculta á todos los ojos para preservarla de las asechanzas de mi familia, por una parte, y por otra la que me obligaba á tenerla prisionera para que no abandonase el techo que ya le era odioso, habían acreditado en el pueblo creencias, según las cuales se me consideraba como hombre dado á la brujería y en comunicación constante con el enemigo de los hombres. ¡El momento terrible llegó al fin; le presentaron su hijo, besóle penosamente, y su alma se exhaló en aquel beso: ya estaba libre!.. ¡Libre... y en el rostro de aquel cuerpo inanimado se hubiera creído ver como una expresión de triunfo!.. Al fin escapaba del desgraciado que vió sus hermosos ojos cerrarse, y que cayó á sus pies, suplicando en vano á la que ya no existía que le concediera su perdón, al menos en una mirada.

»El niño recibió en el bautismo el nombre de su padre — el mío. — Yo le miré con desesperación, y vi que tenía mis ojos; él y yo éramos los asesinos de la madre... ¡Mi viejo criado Simón se lo llevó; yo no podía vivir para él; también quería tener la libertad de morir! Simón decía — y el cura aprobaba — que ninguna mujer de los alrededores consentiría en criar mi niño, es decir el hijo de un réprobo, de un hombre que pasaba por estar vendido á Satanás... El niño fué enviado á la mujer de Ferber, mi guardabosque, que le cría sin conocer su origen.»

El lector se interrumpió estupefacto; el guardabosque, que había escuchado muy atentamente aquella lectura, se precipitó de pronto sobre Reinhard, cogió su brazo y estrechóle convulsivamente; su rostro atezado había palidecido, y su mano temblaba... También Ferber se había acercado con todas las señales de la más viva sorpresa.

— ¡Continúe usted, lea el resto!, exclamó al fin el guardabosque con voz ahogada.

«Simón lo ha depositado en el umbral de la casa del guarda, y no se ha ido de allí hasta haber observado que le recogían y se le llevaban dentro. Aún hoy ha visto á la mujer de Ferber, que cuidaba el niño y le mecía con su propia hija. Jamás mi matrimonio secreto será considerado como válido por mi poderosa familia, y por lo tanto el niño no puede tener nin-

guna esperanza de recoger mi herencia; pero cuando menos, la fortuna de mi madre, de la cual puedo disponer, recaerá en su favor toda entera, sirviéndole de compensación. He depositado en la Casa Ayuntamiento de la ciudad de L... mi testamento, con la copia de mi acta de matrimonio, y lego dicha fortuna á mi hijo. ¡Ojalá pueda nacer de él una nueva rama de la familia Gnadewitz! ¡Quiera Dios poner en su camino corazones misericordiosos para educarle y protegerle! Mi propio corazón está ulcerado, y nada más puedo hacer por mi hijo.

»Todo cuanto engalanó á mi bien amada en días



... y después, mostrando el pergamino, dió lectura de su contenido

felices debe rodearla hasta en la muerte y perecer con ella, y nadie tocará más lo que ella ha tocado. Su hijo tendría sin duda derecho sobre sus alhajas, pero todo se subleva en mí al pensar que los objetos con que adorné su frente, su cuello y sus brazos pueden pasar á manos indiferentes ó codiciosas. ¡Más vale que todo eso se destruya aquí, junto á ella!

»Una vez más me dirijo á ti, extranjero, á quien los acontecimientos pueden conducir aquí, al cabo de muy largo tiempo sin duda: respeta á la difunta y reza por mí. — *Justo de Gnadewitz.*»

Los dos hermanos se dieron silenciosamente la mano y se dirigieron hacia el ataúd. Por sus venas circulaba la sangre de aquella mujer tan amada, tan encantadora y tan infeliz, que murió del pesar de haber perdido su libertad, y abandonó la vida contenta porque al mismo tiempo escapaba de su prisión... Allí estaba reducida á polvo, en aquel pequeño ataúd de metal, y junto á ella hallábanse ahora los robustos descendientes del pobre niño á quien no había besado más que una vez, y que fué conducido á través del bosque para ser depositado en el umbral de la puerta del servidor; mientras que el amo, el noble padre, marchaba lejos de allí á buscar y encontrar la muerte.

— Fué nuestra abuela, dijo al fin Ferber, profundamente conmovido, dirigiéndose á Reinhard... Somos descendientes del niño cuyo nacimiento fué siempre un enigma para la honrada familia que le recogió y educó; pero las actas que establecen sus derechos y su origen se quemaron en la Casa de la Ciudad que las guardaba y antes de que se pudiera tener conocimiento de ellas... Es preciso suspender los trabajos durante algunos días, añadió, dirigiéndose á uno de los obreros que los había seguido y que estaba aún en los últimos travesaños de la escalera, contemplando aquella escena con mucha sorpresa y escuchando con el más vivo interés la confirmación de todos los cuentos que se repetían hacía doscientos años en las veladas que tenían lugar en el pueblo de Lindhof.

— Sí, dijo el guardabosque, y preparará usted una tumba en el cementerio de Lindhof; quiero consultar al cura sobre este asunto.

Y se acercó de nuevo al armario para examinar los vestidos que la joven gitana usó en vida. Estaban cuidadosamente alineados, sin duda por la mano misma de aquel que tanto amó á la pobre Lila, y en la tablilla del fondo del armario veíanse varios zapatos... El guardabosque cogió un par..., no hubieran podido contener su mano..., eran verdaderos pies de niña los que usaron aquel calzado.

— Quiero llevárselos á nuestra Isabel, dijo el guardabosque sonriendo y cogiéndolos delicadamente entre el pulgar y el índice, como si fuesen las alas de

una mariposa... Quedará muy admirada al saber que nuestra abuela era originaria de Lilibut.

Ferber, por su parte, después de quitar el polvo que cubría la mandolina, la puso cuidadosamente debajo de su brazo, mientras Reinhard cerraba la tapa del cofrecillo de las alhajas, levantándole por el asa de que estaba provisto; y así cargados los tres hombres volvieron á subir por la escalera. Una vez llegados arriba reunieron todas las tablas disponibles para cerrar por el pronto la abertura del techo, y después todos bajaron del mirador.

Las señoras que esperaban allí cerca reclamaron al punto el relato del descubrimiento que ellos habían hecho; pero no quisieron contestar una palabra á sus múltiples preguntas hasta que hubieron llegado al bosquecillo de tilos. Reinhard puso entonces el cofrecillo sobre la mesa, describió la cámara secreta, y después, mostrando el pergamino, dió lectura de su contenido.

Las señoras escucharon silenciosamente, con viva y profunda emoción, el relato de aquel drama doméstico. Isabel había palidecido un poco, y cuando el lector llegó al punto que tan imprevista claridad arrojaba sobre el pasado de su familia, fijó una penetrante mirada en el rostro risueño de su tío, que la observaba atentamente. La misma señora Ferber permanecía muda de sorpresa, y la institutriz unía las manos, admirando las extrañas vías que á veces sigue el destino.

— ¿Confiere ese pergamino derechos á la herencia de que hace mención?, preguntó al fin.

— Sin duda alguna, contestó Ferber; pero ¿cómo encontrar las partículas de esa herencia, dividida en el transcurso de los siglos? La familia no existe ya; el nombre de Gnadewitz se ha extinguido; y todos los bienes han pasado á manos extrañas. ¿Quién podría decirnos dónde y cómo deberíamos reclamar lo que está disuelto de hecho?

— No, no nos ocuparemos de eso, repuso acertadamente el guardabosque; semejantes reivindicaciones son buenas tan sólo para mantener ilusiones peligrosas y gastar mucho dinero... Esto conduciría tal vez, después de agobiarnos á fuerza de pleitos, á recoger algunos escudos, único resto hoy día de nuestra herencia señorial... ¡Muchas gracias!.. Dejemos todo eso, pues por fortuna, hasta ahora no nos hemos muerto de hambre.

Isabel levantó con expresión meditabunda los zapatitos que su tío había puesto delante de ella. La tela de seda, descolorida ya y hasta cortada en algunas partes, conservaba aún la señal de la curva del pie; estaban muy usados, pero no en los senderos del bosque, pues la suela se conservaba muy limpia, sino seguramente en el piso de las habitaciones donde la prisionera vagaba, presa de la nostalgia de libertad y de aire.

— Mira eso, Isabel, dijo el guardabosque; ahora sabemos de dónde vienes, con tu esbelto talle y tus pequeños pies que corren sobre las briznas de hierba sin doblegarlas; eres verdaderamente una mariposa del bosque, lo mismo que tu abuela, y también tú te romperías la cabeza contra las paredes si se tratara de encerrarte... Hay un poco de sangre de zíngara en ti, mi querida artista, aunque tengas el cabello de oro y seas blanca como la nieve... ¡Vamos, pruébate esos zapatos! Seguro estoy de que te sentarán á las mil maravillas.

— ¡Oh, no, tío mío!, contestó Isabel, retrocediendo, esas son reliquias para mí, y yo no me atrevería á tocarlas de ese modo sin temer que los ojos negros é irritados de Justo de Gnadewitz se fijaran en mí para censurarme ó maldecirme!

La señora Ferber y la institutriz opinaron como la joven; la primera propuso trasladar el armario con todo cuanto contenía á un sitio sano y seco, y considerar este mueble como un relicario de familia.

— No me opongo á esto, dijo Reinhard; pero en cuanto á los objetos que contiene soy de distinto parecer.

Así diciendo, abrió el cofrecillo; y los rayos del sol, reflejándose entre las joyas, deslumbraron todas las miradas. Reinhard sacó un collar, que era muy grande y de exquisito trabajo.

— Hay aquí diamantes de las más hermosas aguas, dijo á los presentes..., y estos rubíes, añadió, tocando unas agujas para la cabeza, debían ser un magnífico adorno en el cabello negro de la zíngara.

Isabel se puso una diadema en la frente sonriendo.

— ¿Cree usted, Sr. Reinhard, dijo, que debemos dejar á un lado todos nuestros escrúpulos respecto á las joyas, y adornarnos con todas estas magnificencias? Mi vestido de muselina blanca tendría un as-

pecto muy lastimoso si le asociase con estas alhajas para ir á una reunión.

— Esa diadema le sienta á usted perfectamente, repuso Reinhard; pero verdad es que un ramo de flores acompañaría mejor al vestido de muselina. Por eso mi proposición, que usted no conoce aún, no tie-



La joven permaneció largo tiempo junto al ataúd...

ne otro objeto sino el de aconsejar que se lleve todo eso á casa de un joyero, para convertirlo en dinero contante y sonante.

Ferber inclinó la cabeza en señal de aprobación.

— ¡Cómo!, exclamó la institutriz, ¿piensa usted que se deben vender esas alhajas de familia?

— ¡Oh! Sin duda, contestó Reinhard; sería de todo punto insensato conservar sin producto el capital que esas joyas representan. Las piedras preciosas valen por lo menos siete mil escudos; también hay perlas finas, y todo esto representa una suma muy bonita, se lo aseguro á ustedes.

— ¡Mil rayos, exclamó el guardabosque, transportado de alegría, no hay que vacilar! Es preciso seguir adelante... Ya ves, Adolfo, añadió con voz conmovida, poniendo la mano sobre el hombro de Ferber, que las cosas se han arreglado bien para ti. Siempre te dije que la Turingia te sería favorable, y eso que nunca pude sospechar que algún día te caerían en la mano esos miles de escudos.

— ¿A mí?, exclamó Ferber sorprendido. ¿No tienes tú, siendo el primogénito de la familia, derecho á ese capital?

— ¡Vamos..., tú desatinas! ¿Qué podría hacer yo de un capital? ¿Te parece á ti que yo, un oso viejo que vive solitario, iría á ocuparme en colocar dinero y á recordar que debo cobrar los intereses? ¿De qué me servirían? Yo no tengo hijos fuera de los tuyos, que yo considero hasta cierto punto como míos, con tu permiso ó sin él; disfruto de un buen destino, y cuando mis huesos, demasiado viejos ya, rehusen prestar su servicio, me quedará una pensión más que suficiente. Renuncio desde luego á todos mis derechos sobre esa herencia y los transmito á esa niña del cabello de oro, que es nuestra alegría y nuestra verdadera felicidad para todos... No quiero que la justicia meta las narices en este arreglo íntimo... ¡Y basta ya! No permito que se me den las gracias por tan poca cosa, añadió, dirigiéndose á su cuñada, que con los ojos húmedos le tendió la mano, mientras su hermano se acercaba á él enternecido... Mucho mejor sería que pensarais en vuestros huéspedes, ofreciéndoles una taza de café... ¡Las cuatro..., y aún no he tomado nada! ¡Ah!, se lo diré á Sabina.

El guardabosque consiguió su fin, que era evitar la manifestación de agradecimiento, pues la señora Ferber é Isabel se apresuraron á ir al reducido aposento que hacía las veces de cocina, y muy pronto se hallaron reunidos todos en el terrado delante de las tazas de café con leche.

— Sí, dijo el guardabosque, reclinándose en su sillón, hay acontecimientos extraños en la vida, y muy lejos estaba yo de imaginar al levantarme esta mañana que me acostaría esta noche convertido en un señor de Gnadewitz..., pero aunque me empeñase mucho, creo que me sería difícil olvidar mi situación pasada... En fin, procuraré hacerlo; en la primera visita que el príncipe me conceda, me presentaré á él con ese nombre... ¡Qué efecto voy á producir!

Y miró de reojo á Isabel, rodeándose de una espesa nube de humo de su pipa.

— Pero, tío, dijo la joven, supongo que no piensas formalmente en usar el blasón de los Gnadewitz...

— ¿Y por qué no, hija mía? Son armas bonitas, muy bonitas, con muchas barras y estrellas.

— Y también una rueda llena de sangre, repuso Isabel. Dios nos libre de obrar como aquellos que exhiben las faltas ó los crímenes de sus antecesores para hacer remontar su origen á una fecha más lejana, y que bajo pretexto de nobleza asumen la solidaridad de todo cuanto no es noble en la buena y verdadera acepción de la palabra... Cuando me remonto á ese pasado tan lejano de nosotros y comparo esos dos abuelos, el uno feroz, aunque demasiado débil para soportar la desgracia que sufrió, y huyendo de la vida sin pensar que dejaba tras sí un pobre niño con todos los derechos posibles á su protección; el otro, un pobre servidor que recogió el niño abandonado, le prodigó sus cuidados y su pan, más tarde su ternura y al fin su nombre, no puedo desconocer de parte de quién está la nobleza, y cuál de los dos era el verdadero noble... ¡Y cuántos dolores le ocasionó á mi madre aquella orgullosa familia!

— Sí, sí, es muy cierto, dijo la señora Ferber, suspirando; yo le debo por lo pronto una infancia tempestuosa, privada de toda alegría. Mi madre era una mujer honrada y encantadora, pero de origen burgués, con quien mi padre se casó contra la voluntad de su familia; y esta alianza desigual fué origen de tormentos y pesares. Mi padre tenía un carácter algo débil, y no osó romper con aquella parte de la familia Gnadewitz que se había mostrado más abiertamente hostil á su matrimonio, lo cual ocasionó penosas discusiones, de las que yo fui desconsolado testigo... Y nosotros, añadió la señora Ferber, alargando la mano á su esposo, ¿podemos olvidar nunca la lucha que hemos sostenido antes de que nos fuera posible vivir el uno para el otro? ¡Ah! No experimento el menor deseo de pertenecer otra vez á esa casta, que rompe tan á menudo con los mejores sentimientos para conservar una superioridad convencional.

— Y esto no sucederá, querida María, contestó Ferber, sonriendo tranquilamente y dirigiendo una mirada á su hermano, que hacía esfuerzos para arrugar la frente, á fin de tomar un aspecto de enfado.

— ¡Adiós, mis hermosos sueños!, exclamó el guardabosque con acento dolorido. ¿Será forzoso renunciar á ellos? Eres muy cruel para mí, sobrina... Me hubiera parecido muy dulce poder probar de improviso á esos boquirrubios que forman la corte de L... que yo soy de una familia más antigua que la suya... Y tú misma, ¿no hubieras valido un ciento por ciento más si te llamaras señorita de Gnadewitz?

Isabel movió la cabeza sonriendo, pero enérgicamente.

— ¡Y quién sabe!, repuso la institutriz. Tal vez en virtud de ese origen un noble caballero vendrá á llamar á la puerta del antiguo castillo de Gnadewitz para pedir y llevarse á Isabel la de los cabellos de oro.

— ¿Y cree usted que yo aceptaría y le seguiría?, exclamó Isabel, con las mejillas inflamadas de indignación.

— ¿Y por qué no, si usted le amaba?

— ¡Jamás, por ningún precio!, contestó la joven, aunque le amase, pues entonces sería doblemente desgraciada al pensar que el prestigio de mi nombre ha pesado en la balanza más que mi corazón.

La señora Ferber fijó una mirada de sorpresa en su hija, cuyas facciones expresaban profunda emoción, y el guardabosque aplaudió aquellas palabras.

— ¡Bravo, bien, hija mía!, exclamó, así es como se debe pensar cuando se tiene algún valor y se aprecia en algo la dignidad propia. Decididamente soy de tu opinión: no reclamaremos el nombre del abuelo que abandonó á su hijo en el umbral de la puerta de unos pobres... ¿No es verdad, Adolfo? No impondremos al registro de la iglesia donde fuimos bautizados la humillación de firmar nuestro nombre sino como ya está inscrito...

— Le hemos llevado medio siglo entre penas y alegrías, añadió Ferber con su tranquila sonrisa, y un compañero como éste no se abandona nunca. Depositaré el pergamino en lugar seguro para que cuando éste — y al hablar así puso la mano sobre la cabeza del pequeño Ernesto — llegue á la edad de la razón, pueda hacer lo que tenga por conveniente. En semejante asunto no puedo adoptar una resolución que algún día le afectaría directamente, pero me esforzaré para inclinarle á pensar como nosotros, es decir, para que aprenda á buscar la fuerza en sí mismo, á reclamar tan sólo la parte de honor y de consideración que haya sabido merecer de por sí... Durante largos años los Gnadewitz han tomado mucho de sus semejantes sin darles nunca nada..., y tiempo es ya de romper con esa tradición, dejando que otros disfruten de lo que podríamos reclamar como nuestro.

— ¡Pues ya está dicho!, repuso el guardabosque, y si quieres, ahora iremos á ver al cura. Allí, bajo los tilos, hay un espacio donde ese pobre y pequeño ataúd estará mejor que en el vetusto edificio; y para que la «fría y pesada tierra» no le toque, mandaremos

construir una bóveda, que cerraremos con una lápida.

Reinhard se reunió con los dos hermanos que se alejaban, y mientras la señora Ferber y la institutriz ponían en lugar seguro el cofrecillo de las alhajas, Isabel se dirigió hacia el mirador, subió por la escalera que conducía á la parte más alta, apartó las tablas y deslizóse en la habitación misteriosa. Un rayo de sol penetraba á través de los vidrios de color y teñía de rojo el nombre de *Lila*. La joven permaneció largo tiempo junto al ataúd, representándose los tormentos sufridos por aquella antecesora suya y pidiendo á Dios que perdonara á los culpables, concediendo tranquilidad á todos los corazones agitados.

XVII

El descubrimiento hecho en Gnadewitz era conocido ya en Lindhof aun antes de que Reinhard hubiese regresado al castillo, pues los obreros habían referido á los criados, á quienes encontraron en el parque, los hechos prodigiosos de que acababan de ser testigos; la noticia se propagó rápidamente, y adquiriendo más importancia á medida que se propalaba, fué al fin á estallar como una bomba en medio del salón de Lindhof.

Uno de los temas favoritos de la baronesa de Lessen versaba sobre el indiscutible prestigio que tenía toda persona de origen noble; aseguraba que no había cometido jamás ningún error sobre este punto, y que siempre supo distinguir á un plebeyo de un noble aunque sus nombres le fueran desconocidos. «Reconocía con la misma facilidad, decía, toda mezcla de raza, y cuando una plebeya tenía cierto aspecto elegante, estaba segura de no engañarse al atribuirle á una alianza desigual contraída por algún noble.» Por eso había citado á menudo, en apoyo de estos principios, el ejemplo de la «pequeña Ferber», dotada, según decía, de cierta distinción, gracias al origen materno. En cuanto al guardabosque, jamás había contestado al saludo que éste le dirigiera sino con la inclinación distraída que se concede á un inferior. Además de esto, resentida contra él desde que se permitió prohibir á su sobrina Berta que frecuentase el castillo, había asegurado, hacía poco, que á la legua se reconocía el origen plebeyo de aquel hombre vulgar. ¡Y pensar ahora que á pesar de su penetración tan probada y de su golpe de vista, resultaba haberse equivocado por completo! ¡Aquel tosco guardabosque era descendiente de una de las primeras familias del país, y su nombre, ó por lo menos el que tenía derecho á llevar en adelante, era uno de los que más habían brillado durante el período heroico de la historia de Alemania!

Sin duda era un consuelo para ella pensar que aquella sangre noble se había envilecido por numerosas alianzas desiguales, de modo que al cabo de doscientos años debía quedar de ella tan sólo una cantidad insignificante en las venas del guardabosque; y demostraba esta evidencia á la señorita de



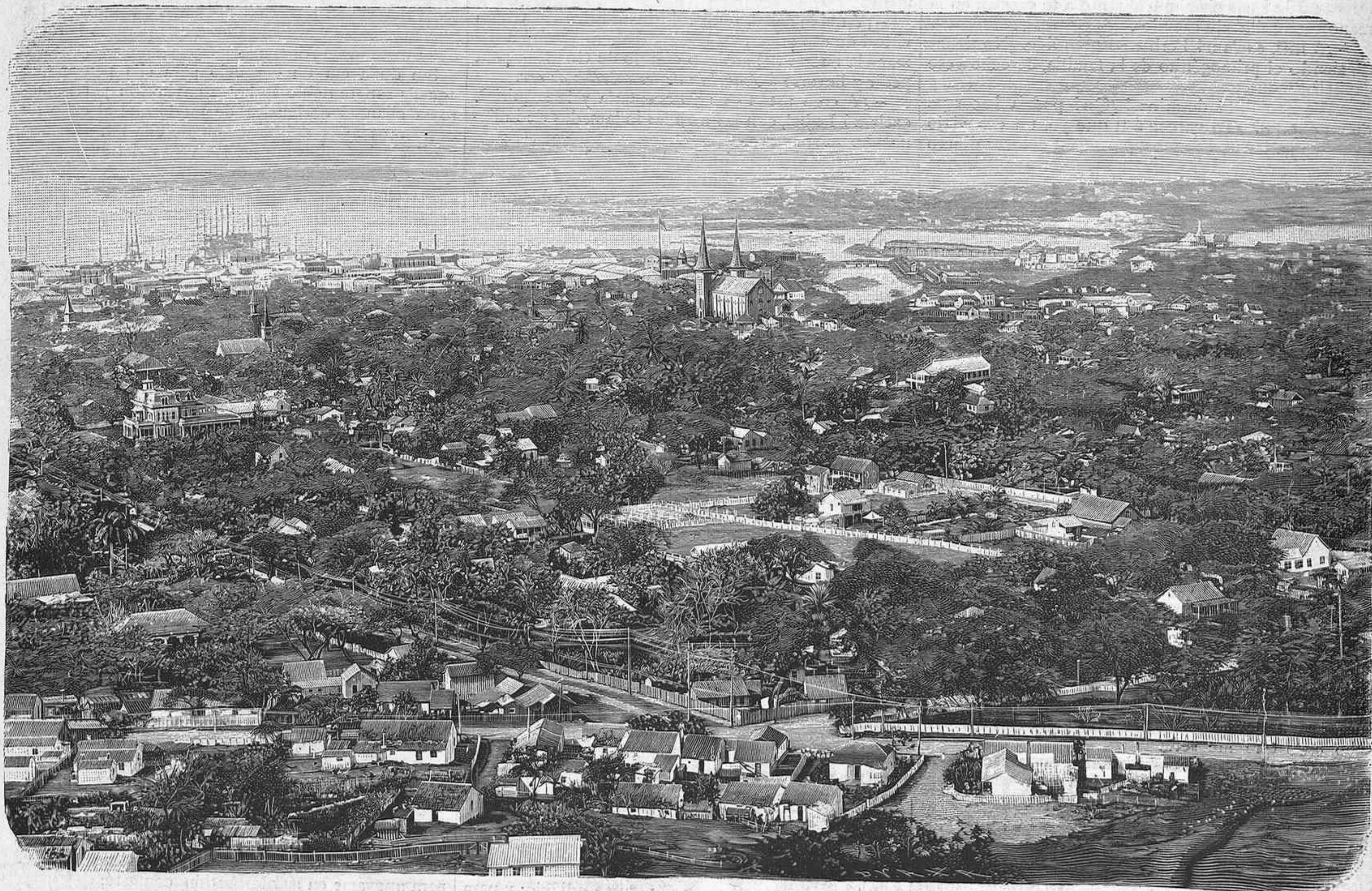
Los obreros habían referido á los criados los hechos prodigiosos de que acababan de ser testigos.

Walde, hablando vivamente con ella de aquel incidente singular. Elena, echada en su diván, la escuchaba con una ligera sonrisa algo irónica. ¿Sería por un interés personal en favor de la familia Ferber, ó tendría la señorita de Walde algún motivo secreto que la inducía á dar una lección á su prima? Lo cierto es que, incorporándose un poco para apoyarse en su almohadón, contestó:

(Continuará)



VISTA GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE ARTES É INDUSTRIA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN ESTOCKOLMO (reproducción de una fotografía)



VISTA GENERAL DE HONOLULU, CAPITAL DE LAS ISLAS HAWAI, CUYA ANEXIÓN PRETENDEN LOS ESTADOS UNIDOS (de fotografía)

EXPOSICION UNIVERSAL

DE ARTES É INDUSTRIAS EN ESTOCKOLMO

La capital de Suecia, á la que con razón se da el nombre de Venecia del Norte, ha celebrado durante el presente verano una exposición interesantísima que ofrece un cuadro completo de las aptitudes artísticas é industriales de los dos reinos escandinavos. Admirablemente situada en las afueras de la ciudad, rodeada de bosques y jardines y por los brazos de mar que en aquellos arrecifes forma el Báltico, júntase en ella á lo pintoresco de su aspecto en conjunto la importancia de las instalaciones que contiene.

Llaman desde luego la atención los distintos edificios, en los cuales están representados todos los estilos, desde el severo gótico al gracioso barroco, desde el palacio soberbio á la modesta vivienda de madera, propia de aquel país. Cerca de la entrada principal álzanse á un lado el soberbio Museo del Norte, no terminado todavía, pero provisionalmente concluido con materiales ligeros para que los visitantes puedan formarse una idea de tan hermoso edificio, y á otro el palacio principal hecho de madera y coronado por una cúpula que por medio de cuatro puentes se comunica con otros tantos alambres levantados en sus cuatro ángulos, desde cuyas plataformas se domina toda la ciudad y se descubre un panorama tan grandioso como bello. En el Museo están las instalaciones de enseñanza, de ciencias, de higiene y de las industrias domésticas, especialmente femeninas, que tanta importancia tienen en aquel país y tan protegidas se hallan por el gobierno sueco. El palacio principal contiene los productos industriales de Suecia, Noruega, Dinamarca, Rusia y Finlandia.

Junto al Museo del Norte hay una porción de elegantes pabellones destinados á exhibiciones especiales de deportes y excursiones, panoramas artísticos, industrias químicas, minas, escuelas y lazaretos, las

instalaciones de navegación y pesca, el museo biológico, los edificios para música y teatro, llenos de interesantes recuerdos históricos, y la gran sala de conciertos, en donde se ejecutan las composiciones de los más ilustres maestros suecos del siglo pasado.

Una de las principales curiosidades de la exposición es la reproducción de la antigua Estocolmo, con sus murallas y torres, sus fosos y baluartes, sus estrechas calles y antiguos edificios, por donde circulan soldados vestidos como en tiempos de Gustavo Adolfo. De cuantas creaciones en este género han podido admirarse en las diversas exposiciones celebradas en estos últimos años, ninguna tan completa, tan auténtica, por decirlo así, como la que se admira en la actual de Estocolmo.

La exposición abarca una superficie de 400.000 metros cuadrados y ha costado cuatro millones y medio de coronas (6.187.500 pesetas): el protectorado de la misma fué confiado al príncipe heredero, el cual lo ejerció con verdadero entusiasmo, contribuyendo como el que más á su realización, eficazmente ayudado por su padre el rey Oscar II y por su hermano menor el príncipe Gustavo, que es un pintor notable y que se cuidó especialmente de la sección artística. En ella se ofrece á los ojos del visitante toda la vida social é intelectual de un pueblo activo é inteligente que, aun sin vanos alardes de orgullo, está perfectamente convencido de su fuerza y de su valer, y muestra al mundo entero sus excepcionales condiciones para figurar en los más reñidos concursos de las naciones civilizadas.

La exposición ha sido organizada para conmemorar el quincuagésimo aniversario del advenimiento de Oscar II al trono: la nación no podía presentar á su soberano, con tal motivo, más grata ofrenda que esta demostración elocuente de lo que ha llegado á ser en todos terrenos el pueblo escandinavo bajo el gobierno de su amado monarca.

HONOLULU, CAPITAL DE LAS ISLAS HAWAI

La pretensión de los Estados Unidos de anexarse las islas del archipiélago polinesio que un día fueron el reino de Hawai, dan carácter de actualidad al grabado que en la página anterior publicamos y que reproduce una vista general de Honolulu, capital de aquéllas.

La ciudad de Honolulu, situada en la costa Sur de la isla Oahu, ocupa una gran superficie de terreno junto á la pintoresca colina de Punchbowl y tiene una población de 30.000 habitantes. Las casas de la gente principal se levantan en medio de frondosos jardines y algunas de ellas están construídas con gusto exquisito y lujo extraordinario; sus espaciosas calles se hallan iluminadas por potentes focos de luz eléctrica.

Entre los edificios públicos que más llaman la atención figuran el palacio Jolani, residencia que fué de los reyes de Hawai; el palacio del Parlamento, en donde se encuentra la estatua colosal de bronce de Kamehameha I, el fundador de la unidad hawayana, y el hospital, que puede considerarse como modelo en su género. Cuenta además con varias iglesias, entre ellas una para los indígenas y otra cristiano-china, museo, biblioteca, aduana, banco, cuartel, cárcel, varias grandes escuelas, manicomio, casa de corrección, asilo de huérfanos, elegantes tiendas y vastos almacenes.

Honolulu posee abundancia de aguas potables y una red telefónica tan completa que apenas hay casa que no tenga teléfono. La población compónese principalmente de extranjeros.

El aspecto general de la capital hawayana es en extremo pintoresco como puede verse en nuestro grabado, contribuyendo á ello la exuberancia de aquella vegetación y el hermoso anfiteatro de montañas que la rodea.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los **flujo**s, la **clorosis**, la **anemia**, el **apocamiento**, las **enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **esputos de sangre**, los **catarros**, la **disenteria**, etc. Da nueva vida á la **sangre** y **entona** todos los **órganos**. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los **hospitales de París**, ha comprobado las **propiedades curativas del Agua de Léchelle** en varios casos de **flujo uterino** y **hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**. — **DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.**

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE - QUINA
 En los casos de **Enfermedades del Estómago** y de los **Intestinos**, **Convalecencias**, **Continuación de Partos**, **Movimientos Febriles** é **Influenza**.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de **Clorosis**, **Anemia profunda**, **Menstruaciones dolorosas**, **Fiebres de las colonias** y **Malaria**.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CE. FAYOT y C^{ia}, Farmacéuticos, **102, Rue Richelieu, PARIS**, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**
 Recomendados contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Aceidias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las **Funciones del Estómago** y de los **Intestinos**.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en **PARIS**

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, **disipa PEGAS**, **LENTEJAS**, **TEZ ASOLEADA**, **SARPULLIDOS**, **TEZ BARROSA**, **ARRUGAS PRECOCES**, **EFLORESCENCIAS ROJECES**.
 Pone y conserva el **cutis limpio y terso**.
CANDES etc^{ca} en París
34 St-Denis, 46

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — **50 Años de éxito.**

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL 3^{os} 10^{os} 25^{os} 3^{os} 10^{os} 25^{os}
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
 Medallas en las **Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**
 1837 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**, **GASTRITIS - GASTRALGIAS**, **DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**, **FALTA DE APETITO** Y **OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso **Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica** (Exigir la marca de « la Muger de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche.
 La Cajita : **1 fr. 30**
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el **Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo.** — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : **2 fr. ; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la **POMADA FONTAINE**
 La Bola : **2 fr. ; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.
TARIN, Farmaceutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, **CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS**, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores **Laennec, Thénard, Guersant, etc.**; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

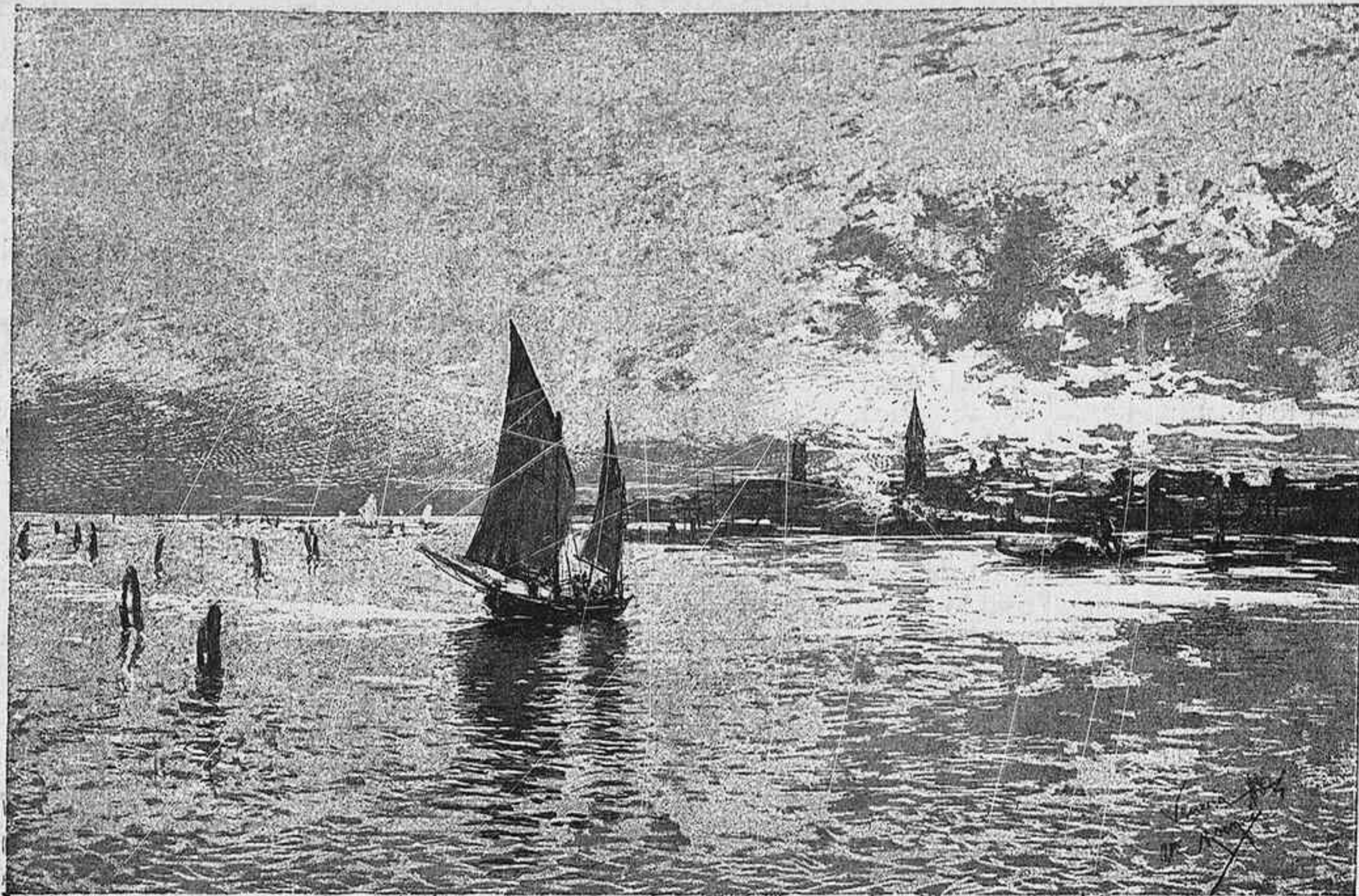
LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CARTAS DE JERUSALÉN, por *Carlos Walker Martínez*. - Colección de cartas del conocido literato chileno Sr. Walker Martínez, escritas durante su viaje á los Santos Lugares realizado en el año último: inspiradas en los más elevados sentimientos religiosos, contienen interesantes noticias avaloradas con observaciones oportunísimas y con bellísimos pensamientos. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile, en el establecimiento poligráfico Roma.

PANORAMA NACIONAL. - El último cuaderno de esta publicación que con tanto éxito edita D. Hérmengildo Miralles contiene interesantes vistas de Segovia, Toledo, Puerto Pajares, Jerez de la Frontera, Be-goña, León, Barcelona, Cádiz, Cambados, Valladolid y Guayama, la reproducción del cuadro de Casado del Alisal *Aparición del Apóstol Santiago*, una guerrilla de infantería y una gran vista panorámica de San Juan de Puerto Rico. Véndese á 70 céntimos.



EN VENECIA, dibujo de José M. Marqués

CEROS A LA IZQUIERDA, por *Tenaro Genovés*. - Colección de interesantes artículos en prosa y en verso, en los que el autor, el distinguido escritor valenciano Sr. Genovés, con elegante estilo é inspiración no común, trata los asuntos más diversos, ora cantando en armoniosas estrofas la independencia de la patria, ora satirizando las costumbres del siglo, ora describiendo con fina sátira la vida de pueblo. *Ceros á la izquierda*, que es un libro de muy amena lectura, ha sido editado en Valencia por D. Federico Doménech y se vende á dos pesetas.

PLAZA PARTIDA, por *Luis Siboni*. - Contiene este libro tres artículos, los dos primeros dedicados á examinar la última obra de D. Juan Valera *Genio y figura*, y el último consagrado á estudiar los vicios de que generalmente adolece la actual crítica periodística. En todos ellos muéstrase el Sr. Siboni censor severo, pero justo es consignar que sus severidades hallanse apoyadas en sólidos razonamientos y en hechos recientemente ocurridos que justifican sus censuras. El libro ha sido impreso en Madrid en la imprenta de la Revista de Navegación y Comercio.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FRANK DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

P. MÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provenço, á PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Escribir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 I. FERRÉ & C^{ie}, P^{os}. 102, R. Richelieu, Paris

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Escribase el Producto verdadero con la Firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acan y Dermatosis.
 CH. FAVROT y C^{ie}, Farmacouticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN